

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

ATLÁNTIDA



BRIGITTE HELM

LA ATLANTIDA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

PUBLICACIÓN DECENAL

APARTADO CORREOS 707 - TELÉFONO 70657
CALLE DE VALENCIA, 234 - BARCELONA



EDITORIAL
"ALAS"

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

LA ATLÁNTIDA

Una obra de quimera, que gracias al
cinematógrafo nos descubre como una
bella realidad, una ATLÁNTIDA misterio-
rosa, describiendo minuciosamente,
la epopeya trágica y exótica que
supo urdir Pierre Benoit, alre-
dedor de «Antinea», de aquella
reina que era además diosa
y por encima de todo que-
ria ser mujer. ☺ ☺ ☺

Interpretación de
BRIGITTE HELM

PRODUCCIÓN:



EXCLUSIVA DE DISTRIBUIDORES
Calle Balmes, núm. 79 - BARCELONA
Calle Antonio Maura, 16 - MADRID

PRINCIPALES INTÉPRETES

Antinea	BRIGITTE HELM
Saint-Avit	PIERRE BLANCHARD
Morhange	JEAN ANGELO
Conde Hetman de Jito- mir	V. Sokoloff
Teniente Ferrières . .	Georges Tourreil
Clementina	Florelle
Tanit-Zorga	Tela Tchai

BASADA EN LA NOVELA de
PIERRE BENOIT

ADAPTACIÓN
CINEMATOGRAFICA
Alexandre Arnoux

MUSICA DE
W. Zeller

— NOVELADA EN ESPAÑOL POR
MANUEL NIETO GALÁN

LA ATLANTIDA

ARGUMENTO DE
DICHA PELÍCULA

UNA CONFERENCIA POR RADIO



N un puesto avanzado del desierto del Sahara, el capitán Saint-Avit y el teniente Ferrières, oían silenciosos una conferencia que se estaba dando en París.

El sol africano, ese sol calcinante y agostador, al esparcirse sobre la inmensa «Hamada» (1), dábale un color rosado de fuego. La calma en que estaba sumergido aquel «borch» (2) no se interrumpía por ningún ruido. Ni el más leve murmullo venía a turbar el silencio de

los dos oficiales, cuyas miradas se extendían hacia el horizonte por aquella sábana inmensa de arena, cortada tan solamente a bastantes millas por el valle de «Ued Mia» (3).

El rostro del capitán Saint-Avit expresaba a medida que iba desarrollándose la conferencia una viva inquietud, una angustia que en vano trataba de ocultar, mientras que su compañero seguía con el interés el curso de la conferencia del sabio, que iba diciendo :

«En resumen: la Atlántida, ese viejo sueño de la Humanidad, esa civilización poderosa, ese maravilloso continente desaparecido, no ha podido aún averiguar ningún geógrafo en qué punto del globo se encontrará. Y, sin embargo, ese mundo

(1) Palabra árabe, que significa «tierra estéril».

(2) Especie de fortaleza o castillo, cuyo nombre se da también por los árabes a los blocaos.

(3) En árabe «Río Ciento».

ha existido, tal vez existe aún... Las antiguas tradiciones, los documentos de los iniciados no permiten dudar de la existencia de ese sueño... Hemos descubierto Troya, hemos desenterrado las ciudades egipcias... ¿Por qué no habríamos de encontrar la Atlántida?... Una hipótesis de crédito sostiene que la Atlántida quedó sumergida en las arenas del Sahara. Recordemos tantas caravanas perdidas, tantos aviones desaparecidos, tantos hombres esfumados, sin dejar rastro. Eso demuestra que aun hay en el Sahara lugares a los que ningún europeo ha llegado, o por lo menos, de los que ningún europeo ha vuelto... No podríamos imaginar que en vez de hundirse La Atlántida entera, hayan quedado a la superficie trozos de ella que sirven de refugio a las tribus del extremo Sur del desierto?... ¿Sería una quimera el ir en su busca?»

El capitán Saint-Avit, al terminar el geógrafo su disertación, se pasó la mano por la frente, como si quisiera borrar de su mente un trágico pensamiento y suspiró diciendo:

—Ese hombre tiene razón... ¡Sí! La Atlántida fué sorbida en parte por el Sahara.

—¿Cómo puedes saberlo?—preguntó el teniente, que se tuteaba con su superior, debido a que los dos pertenecían a la misma promoción.

—Lo sé, porque lo he visto—exclamó el capitán Saint-Avit.

—¿Qué has visto la Atlántida?—preguntó extrañado el teniente.

—Sí; yo estuve allí hace dos años.

El teniente Ferrières se quedó mirando a su compañero, quien hacía poco había salido del hospital, después de una temporada de reclusión, debido a una crisis nerviosa, que se temió le ocasionara la muerte.

—¿No me crees?—preguntó otra vez el capitán.

—¡Ah, vamos!—exclamó el teniente. —Te refieres al asunto del capitán Morhange? No hablemos de eso. Leí oportunamente lo sucedido, que no tenía nada de fantástico. En una expedición de reconocimiento tu amigo fué asesinado por los tuaregs.

—No—replicó misteriosamente el capitán. —No le mataron los indígenas... ¡Yo fuí quien asesinó al capitán Morhange, a mi mejor amigo!

El teniente se le quedó mirando estupefacto, y el capitán, adivinando lo que pasaba por la imaginación de Ferrières, le dijo:

—No creas que estoy loco... Sé perfectamente lo que digo.

El teniente Ferriére, sin querer dar crédito a las palabras del capitán, o mejor dicho, fingiendo no creerlas, le respondió:

—Durante tu estancia en el hos-

pital dijiste cosas extrañas y ahora esa voz, al hablar de este desierto, te ha excitado y te hace expresarte en esa forma.

—Nada de eso. Te hablo con toda tranquilidad y te creo todo lo hombre necesario para soportar la confesión que te hago.

Morhange y yo habíamos recibido una orden de reconocimiento, una orden que en realidad era un simple pretexto, puesto que llevábamos una misión secreta. Se trataba de reseñar la situación del país del Sud.

Morhange había venido de Francia para tomar parte en esta expedición y su franqueza y optimismo, pronto se adueñaron de la voluntad de todos los que nos hallábamos en el fuerte. Era un gran geógrafo y sus estudios lo llevaron a participar conmigo los riesgos de la expedición que yo iba a realizar.

En principio me molestó esta compañía, pero luego hube de confesarle que Morhange era, no solamente todo un caballero, sino además, un hombre capaz de sacrificarse por el sentimiento de amistad y compañerismo.

Al comenzar nuestro viaje, nos reunimos a una caravana que transportaba sal al territorio Tombuctú. Nos apartamos poco después de esta caravana y seguimos el camino que conduce al interior del desierto.

Y por la mente del capitán Saint-Avit fueron desfilando los recuerdos de aquellas días como si en realidad los estuviera viviendo.

Antes de despedirse de la caravana, Morhange, el teniente Saint-Avit y los hombres que los acompañaban hicieron noche en un campamento provisional, mientras que una muchacha que los había seguido hasta allí, llevaba a la máquina varias cuartillas para enviarlas al periódico de que era corresponsal.

Aquel día se habían encontrado en el desierto a un hombre muerto. El capitán Morhange se acercó a él y exclamó:

—Acaso sea un europeo... Deberíamos por lo menos enterrarlo.

Pero el teniente Saint-Avit, comprendiendo que era perder un tiempo precioso se opuso a ello, con el siguiente comentario.

—Para qué?... La arena se encargará de ello.

Y sin más razonamiento siguieron su camino, hasta llegar al lugar donde se había establecido el campamento.

Saint-Avit entró en la tienda donde estaba la joven y le dijo sonriendo:

—Vengo a despedirme de usted, señorita.

—¿Se va usted?—preguntó la mu-

chacha—. ¿Y el capitán Morhange también?

—Naturalmente—respondió el teniente—. Al amanecer nos separaremos de la caravana.

Usted seguirá con ella hasta Tombuctú. La dejamos con cierta inquietud.

—¿Por qué?—preguntó sonriendo la joven.

—Por que el Sahara no es un paseo adecuado para una señorita.

—No se preocupe—exclamó confiadamente la periodista—. Esta es mi profesión y precisamente en el artículo que escribo hoy me ocupo de ustedes.

—Supongo que no hablará mal de nosotros?—le dijo riendo el teniente.

La joven le indicó que podía leer la cuartilla que aun tenía en la máquina y el teniente por encima de ella leyó lo siguiente:

«El capitán Morhange es una figura singularmente atractiva, siempre en busca de rutas desconocidas...»

—Muy bien—terminó diciendo el teniente, al mismo tiempo que se despedía—. Hasta la vista, señorita.

—Mucha suerte, teniente Saint-Avit—le respondió ella.

HACIA LO DESCONOCIDO

Al día siguiente, muy de mañana la expedición del capitán Morhange se puso nuevamente en camino, atravesando parte del desierto, sin que nada anormal les ocurriera.

Llevaban cinco días de caminar, cuando una tempestad de arena los hizo detenerse y esperar que pasase la tormenta. Con igual prontitud que había llegado volvió a desaparecer y así llegaron hasta las faldas de una rocosa montaña.

Iban a detenerse para abreviar el ganado y pasar allí la noche, cuando distinguieron en tierra a un hombre.

Bud-Djema, el hombre de confianza y guía que llevaban, se acercó a él y Saint-Avit le preguntó:

—¿Muerto de sed?

—No, desvanecido nada más.

Llevaba la cabeza envuelta en un turbante y con una de sus puntas

se cubría el rostro, dejando solamente visible los ojos.

Procuraron reanimarlo, dándole agua y un poco de ron y el árabe abrió al fin los ojos, pronunció varias palabras y volvió nuevamente a quedar sumido en una especie de letargo.

Por su indumentaria se veía claramente que aquel hombre pertenecía a la tribu de los tuaregs y el capitán Morhange exclamó sorprendido:

—Es extraño encontrar este tuareg, aquí solo en el desierto... ¿Hay tribus tuaregs en la montaña?

—No respondió el teniente Saint-Avit, que había recorrido varias veces aquellos mismos lugares—. Los hombres de por aquí son makkash.

—No deja de ser algo inquietante este encuentro—comentó el capitán;

aunque sin darle mayor importancia.

Hicieron alto al pie de la montaña y al cabo de una hora, se encontraron con la sorpresa de que el guía Bud-Djeman había muerto.

Inmediatamente se sospechó del tuareg, pero éste se hallaba allí y no era de presumir que un hombre a quien se ha salvado la vida, se convierta en criminal y menos aún que no huya, después de haber cometido el delito. Por otra parte ninguna razón hacía presumir que el tuareg desease la muerte del guía y en conclusión vinieron a deducir que el mismo guía se habría envenenado abusando del «haschich» (1). En vista de que se habían quedado sin guía, el capitán le dijo al tuareg:

—¿Cómo te llamas?

—Segir ben Sheik—respondió el árabe.

—¿Sabes el camino?

—Conozco todo el desierto—respondió el tuareg.

—Pues entonces tú serás nuestro

(1) Especie de opio que los árabes suelen emplear, mezclando en el tabaco de sus pipas.

guía—terminó diciéndole el capitán.

—No es conveniente fiarse mucho de los tuaregs, capitán—murmuró el teniente.

Pero quedó convenido definitivamente que el árabe les serviría de guía en las siguientes jornadas que iban a emprender al otro día.

Era cerca de la media noche, cuando de improviso se vieron atacados por una partida de árabes muy superior al número que ellos eran. Morhange y Saint-Avit se dispusieron a la defensa y el teniente y el capitán se multiplicaban acudiendo a todos los sitios de peligro para impedir que el adversario los cercaran. Mas a pesar de esta valiente defensa, mientras que Saint-Avit luchaba por detener un grupo de enemigos que se le venía encima, oyó un grito del capitán Morhange.

Deseando auxiliarle corrió hacia el lugar de donde había partido el grito, gritando a su vez:

—¡Morhange!... ¡Morhange!

Apenas dió varios pasos, cuando sintió un fuerte golpe sobre la cabeza. Hizo ademán de enderezarse, mas cayó a tierra sin conocimiento.

LA ATLANTIDA

Jamás pudo saber el teniente Saint-Avit el tiempo que duró su estado de inconsciencia. Como si estuviera soñando sintió que era transportado por caminos para él desconocidos, quiso hacer memoria de todo lo que había pasado, pero una gran pesadez en el cerebro le hizo cerrar nuevamente los ojos y quedó profundamente dormido otra vez.

Cuando se despertó se encontró en una estancia desconocida. Se encontraba en una sala redonda, de unos cincuenta pies de diámetro y casi otros tantos de altura, que recibía la luz de una inmensa balconada, que dejaba ver el cielo de un azul inmenso. El suelo, así como las paredes, eran de una especie de mármol veteado como el pórfido y estaban chapeados de un raro metal, más pálido que el oro y más obs-

curo que la plata, empañado en aquel momento por las bocanadas del aire matinal. Se asomó a aquella especie de mirador y apenas si pudo contener un grito de asombro. Se encontraba en un lugar que dominaba el vacío y estaba tallado en la ladera de una montaña. Por encima de él tan solamente el cielo y por debajo, ceñido por doquier de picos puntiagudos, un inmenso barranco que hacía aquel lugar inviolable.

Se vió solo e inmediatamente se acordó del capitán Morhange. Nada sabía de su suerte y al no verlo a su lado comenzó a gritar, llamándolo:

—¡Morhange!... ¡Morhange!

A sus gritos acudió un gigantesco targui blanco, uno de esos esclavos negros que van vestidos comple-

tamente de blanco, y el teniente encarándose con él, le preguntó:

—¿Dónde estoy?... ¿Dónde está Morhange?

El targui como si la pregunta no fuera dirigida a él guardó silencio y el teniente volvió a decirle cada vez más colérico:

—¿Dónde está el capitán Morhange?... ¿Qué esperáis de nosotros?... ¡Habla!... ¿Qué rescate queréis?

—Ninguno—respondió ceremoniosamente el targui—. Luego vendráis con ametralladoras. Por eso os quedaréis aquí.

Descorrióse entonces una cortina y apareció un hombre en la estancia un hombre vestido con ridícula elegancia. Llevaba chaqué sobre el que lucía, en la solapa, una gran gardenia y al ver al teniente, hizo una reverencia y le dijo afectando verdadera amabilidad.

—Mi querido teniente...

—¿Dónde está Morhange?—le increpó inmediatamente Saint-Avit.

El nuevo personaje, con una parsimonia desesperante se caló un monóculo y le respondió:

—Comprendo su inquietud... Pero, en fin, ya ha pasado lo más desagradable.

El teniente le oía estupefacto de ver lo correctamente que se expresaba en francés y le oyó decir de nuevo:

—Permitame que me presente. Soy el conde Bielovsky, Hetman de Jittomir... Supongo que le será agradable poder hablar aquí con un europeo... con un parisén... Acaso el último parisén.

Saint-Avit apenas si le prestaba atención, puesto que todo su pensamiento se concentraba en Morhange. Saber el paradero de éste era su único deseo.

El conde Bielovsky, sin darse cuenta de la ansiedad del joven siguió diciéndole al mismo tiempo que lo llevaba a una pieza inmediata:

—Yo llevo aquí veinte años. El destino me aprisionó con su mano implacable. Esto era entonces un agujero infecto. Ahora, como veis, resulta una habitación, casi agradable.

Saint-Avit iba de una parte a otra sintiendo que sus nervios se excitaban cada vez más. El conde, de una mesita, preparó varias botellas y volvió a decirle con su perenne sonrisa:

—Creo oportuno celebrar vuestra llegada con alguna excelente botella... de mis tiempos, señor teniente. En aquel entonces no se conocía el cocktail... Ha sido Torstenson, quien me lo ha enseñado a hacer... Torstenson, el único europeo de aquí, hasta vuestra llegada...

Al oír que aquel desconocido era

el único europeo, Saint-Avit sintió la angustia del compañero desconocido y sin esperar a más se lanzó por aquella especie de laberintos que formaban los pasillos de aquel singular palacio, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Morhange!... ¿Dónde está, Morhange?

El conde salió tras él, pero la forma en que corría Saint-Avit hizo que pronto lo perdiera de vista. Se encontró con un targui blanco y en su unión siguió buscando al teniente.

Este, medio loco, poseído por una gran excitación nerviosa, iba de un pasillo a otro recorriendo a veces el mismo camino, sin darse cuenta y sin cesar de llamar a su compañero.

En una de sus vueltas se encontró con el conde, pero ni apenas lo vió y siguió corriendo, al mismo tiempo que el conde decía sonriendo, al targui:

—A dónde va ese loco?... Ni siquiera nos ve...

De pronto el teniente Saint-Avit se sintió atacado por un hombre. Le había agarrado por el cuello y hacía esfuerzos para estrangularlo. El teniente consiguió zafarse de él y luchó con el desconocido, hasta que consiguió reducirlo a la impotencia y cuando lo tuvo en el suelo, se dió cuenta de que aquel hombre era también europeo. Su aspecto era de-

plorable, el mismo que el de un ser que carece de voluntad y se deja llevar por sus primeros impulsos. Cuando Saint-Avit consiguió calmar en algo a su desconocido adversario, éste le dijo:

—¿Ha visto a Antinea?

—¿Antinea?—preguntó extrañado Saint-Avit—. Ni siquiera conozco su existencia.

El conde que había llegado a ellos, apartó al teniente del lado del otro y le dijo:

—Es Torstenson. Un excelente muchacho que dentro de unos días, acaso de unos minutos, nos dejará para ir a un mundo mejor. Fuma demasiado Kif, una droga que no perdoná. Se envenena por amor... por desesperación de amor...

Torstenson murmuró con voz débil:

—¡Antinea!... ¡Antinea!

—Pero, ¿qué significan estos misterios? — preguntó sobreexcitado Saint-Avit—. ¿Dónde estamos?

—Estamos en poder de Antinea— respondió el conde.

—¿Y quién es Antinea?

—Antinea... Atlántida... Atlántida... Antinea... ¿Quién sabe?... Una reina... una diosa... una mujer... Todas las mujeres son divinas...

Había conducido a los dos jóvenes

a su estancia y nuevamente les ofrecía bebida diciéndoles:

—¡Bebamos por ellas!... ¿Verdad, amigo Torsienson?

—Hoy me llamará Antineo—respondió éste, como poseído por un sueño que se hacía perenne en su cerebro.

Torstenson se marchó poco después y Saint-Avit le preguntó al conde:

—¿Queréis explicarme sobre esa misteriosa Antinea?

—Se lo explicaré todo—respondió sonriendo el conde—. ¿No habrá olvidado usted lo mucho que las reinas bárbaras y bellas de la antigüedad tuvieron que sufrir por culpa de los extranjeros que la fortuna impulsara a sus costas? El mismo Víctor Hugo ha expresado bastante bien la detestable conducta de esos extranjeros en su poema colonial titulado «La hija de Otaiti». Por mucho que nos remontemos a la historia sólo podremos ver procederes análogos de picardía e ingratitud. Esos caballeros hacían amplio uso de la belleza de la dama y de sus riquezas. Luego, el día menos pensado, desaparecían y ya podía darse por satisfecha ella si el quidam, después de burlarla, no volvía con buques y tropas a invadir el país. Existen ejemplos a montones de estos procederes. Recuerde la conducta de Ulises con Calipso y Diómenes con Calirroe.

Los romanos continuaron esa tradición, con menos miramientos todavía. César lo hizo con Cleopatra y el propio Tito, tras de haber vivido un año entero en Idumea a expensas de Berenice, se la llevó consigo a Roma, para mayor afrenta.

Pero ha habido una mujer capaz de restablecer, en bien de su sexo, la gran ley hegeliana de las oscilaciones. Separada del mundo ario por la formidable precaución de Neptuno, atrae a sí los hombres más jóvenes y valerosos. Su cuerpo es descendiente, pero su alma es inexorable. De esos audaces jóvenes, toma lo que pueden dar.

Ella les presta su cuerpo, pero los domina con su alma. Es la primera soberana que nunca, ni un solo momento, fué esclava de la pasión. Nunca tuvo que recobrarse, porque nunca se abandonó. Es la única mujer que ha logrado separar esas dos cosas tan enmarañadas: el amor y el placer.

—Pero, ¿no todos se doblegarán a su voluntad?—respondió incrédulo el teniente.

—Todos afirmó con energía el conde—. Usted no conoce a Antinea y por eso habla así; pero yo le aseguro que cuando la vea, después de haberla conocido, olvidará familia, patria, honor; de todo renegará usted.

El teniente hizo un gesto de in-

creulidad, pero no pudo impedir que el nombre de Antinea se fijase en él con una persistencia obsesiva. Iba a seguir inquiriendo detalles de quién era aquella Antinea, cuando se presentó un targui blanco y el conde le dijo a Saint-Avit:

—Os felicito, teniente... Sois un elegido de los dioses. Antinea os quiere conocer.

El targui llevó a Saint-Avit por un pasillo desconocido para él, mientras que el joven oficial sentía que su excitación subía de punto. Sólo

ansiaba una cosa, encontrarse en presencia de aquella mujer, para ver si era cierto todo lo que le había dicho el conde y demostrar a éste que él no se sometía a aquella voluntad de la reina.

Pero en vez de ir directamente al lugar donde debería estar la Antinea, lo pasaron a una especie de tocador. Allí se cambió sus pantalones por otros indígenas, se lavó la cara, se afeitó y hecha esta sencilla «toilette» esperó a ser conducido a presencia de la diosa-reina.

ANTINEA

Al cabo de una media hora, fué conducido a presencia de Antinea. Se hallaba ésta en un salón algo oscuro, bajo un especie de bóveda iluminada artificialmente por el reflejo color malva de doce cristales mirmihinos, había cuatro mujeres tendidas sobre una pila de almohadones pintarrajeados y blancas alfombras de Persia de gran valor.

Las tres primeras de aquellas mujeres no parecían dignas de la raza tuareg, por su espléndida y regular belleza, y sus magníficos trajes de seda blanca, con franja de oro. La cuarta, muy morena, casi mulata, era la más joven y su traje de seda encarnada, realzaba el tono obscuro de su cara, brazos y pies descalzos.

Sobre todas éllas se erguía Anti-

nea orgullosa de su belleza, de su hermosura, de su supremacía... Imposible era ver a aquella mujer sin sentirse inmediatamente esclavizado a su voluntad. Tenía puesta una túnica de seda blanca ribeteada de oro, muy ligera y holgada, apenas ceñida con una cinta de muselina negra. Era una jovencita de ojos verdes y perfil de gavilán. Algo así, como un Adonis, un poco más nervioso. Parecía una reina de Saba, niña todavía, pero dotada de un modo de mirar y sonreír como nunca han sabido las orientales. Su cuerpo era grácil como el de una gacela y a pesar de la audaz abertura que su túnica mostraba al costado y al amplio escote, a pesar de la desnudez de sus brazos y las sombras tentadoras que bajo la seda traslucían

LA ATLANTIDA

en su pecho, aquella criatura acataba a dar la impresión de algo muy puro, de algo virginal.

Se hallaba echada sobre los almohadones y ante ella se hallaba un tablero de ajedrez.

A su lado, acariciándolo mimosamente, se hallaba un lobo-tigre que miraba recelosamente al teniente.

Antinea dedicó al teniente una larga y tranquila mirada y luego, dirigiéndose a las esclavas les hizo una seña para que la dejases sola con él.

Saint-Avit no podía apartar los ojos de aquella fascinadora belleza, que se había apoderado de su voluntad, haciéndole olvidar todo lo que no fuera ella.

Esperaba que ella le hablase, que le dijese algo, oír el timbre de su voz, para saber si respondía, con su dulce melodía, a todo el conjunto armónico de su cuerpo.

—¿Eres teniente? —preguntó después de una pausa.

—Sí —respondió Saint-Avit débilmente.

Ella sonrió segura del efecto causado en el teniente y volvió a decirle:

—¿De dónde eres?

—De Francia —respondió el oficial.

—¿De qué parte de Francia?

—De Duras, en la región de Lot y Garona.

—Lo conozco —respondió ella.

—¿Ha estado usted allí?

—No, pero he oído hablar de él. Siguieron hablando dando ella a entender que conocía geográficamente toda Francia, hasta que finalmente le dijo:

—Háblame de tú. Tarde o temprano tendrás que tutearme, más vale que empieces ahora.

El teniente Saint-Avit, cada vez más fascinado por aquella singular belleza, le dijo débilmente:

—Hablas muy bien el francés.

Antinea rió con una risita nerviosa y respondió:

—Tengo obligación de saberlo bien. Lo mismo que el alemán, el italiano, el inglés y el español. Con la vida que hago, me he convertido en una gran políglota. Pero prefiero el francés, me parece como si siempre lo hubiera hablado. Y no vayas a creerte que te lo digo por halargarte.

Hubo un silencio y durante éste el teniente pensó en las palabras que el conde le había dicho acerca de Antinea y recordó también las frases de Plutarco que decían:

«Pocas naciones había con las que necesitara de intérpretes Cleopatra. Hablaba en su propia lengua a etíopes, trogloditas, hebreos, árabes, sirios, medos y partos.»

Antinea rompió el silencio con una

sonrisa y mostrándole el tablero de ajedrez le dijo:

—¿Quieres jugar?

Saint-Avit se colocó frente a ella y no tardó en ser vencido por la pericia de aquella singular mujer.

Inmediatamente Antinea golpeó con un martillo que parecía de oro un gongo y apareció Tanit-Zerga, la mulata de traje de seda roja, a quien le dijo la reina:

—Conduce al teniente a su habitación.

Pero antes de salir aun le preguntó a Saint-Avit:

—¿Y tu compañero, el capitán? No le conozco todavía... ¿Qué tipo tiene?... ¿Se parece a tí?

Por primera vez, desde que esta-

ba en presencia de Antinea, el teniente Saint-Avit se acordó de Morhange y respondió:

—No, no se parece a mí.

Ella se desperezó lúgicamente e hizo una seña a Tanit-Zerga, para que le acompañase.

Saint-Avit se levantó y tomó su mano para besarla. Antinea la aplaudió con fuerza a sus labios hasta el punto de casi hacerlos sangrar, en aquella especie de toma de posesión...

La mulata miró intensamente al teniente, que de no haber estado éste bajo la influencia de la belleza de Antinea, hubiera comprendido fácilmente que aquella mirada reflejaba claramente un sentimiento más intenso que el de servidumbre.

MORHANGE Y ANTINEA

Morhange era un ser excepcional, tal vez el único en su caso, y la presencia de Antinea, sin dejar de causarle la impresión de belleza, lo mismo que a todos, no alteró en nada sus sentimientos, ni su voluntad.

Desde el primer instante adivinó que tenía que habérselas con una mujer de una inteligencia excepcional y tomó sus medidas para no caer en la red que esperaba la tendería ella.

Sin embargo, Antinea, ante la energía de aquel hombre, ante su apostura y su entereza, por primera vez en su vida se sintió débil y tuvo que bajar los ojos.

—Supongo, señora—empezó diciéndole el capitán—qué habrá sido usted la que nos ha hecho conducir aquí.

—¿Te pesa el haberme conocido?—le preguntó amorosamente ella.

—Nunca me ha pesado conocer algo nuevo—respondió con seriedad el capitán—. La curiosidad en mí, más bien ha sido siempre un defecto.

—Entonces, ¿lo único que yo te inspiro es curiosidad?—replicó insinuante ella—. ¿No tenías deseos de conocerme?

—Deseaba estar en su presencia para preguntarle por mi amigo Saint-Avit.

—¿Y si te doy noticias suyas, accederás a mis ruegos?—preguntó ella, mirándolo amorosamente.

El capitán sostuvo con fuerza a aquella mirada y respondió:

—No puedo dar ninguna palabra. No quiero complomenterme a nada. Lo único que exijo es la libertad

inmediata de mi compañero y mía.

—Es lo único que deseas?—preguntó otra vez Antinea acercándose a él.

—Solamente eso.

—Y si fuera solamente la libertad de tu compañero?

—Exigiría luego la mía.

—Aunque yo te retuviese a mi lado?

—Sería a la fuerza. Mi deseo sería salir inmediatamente.

La soberbia de Antinea al verse despreciada por primera vez, no supo contenerse y le dijo:

—¡Sal de aquí inmediatamente! Antinea no sabe obedecer sino mandar!

Morhange hizo una reverencia y salió de allí, dejando a Antinea, presa de un gran nerviosismo. Para ella la actitud del capitán era insoprible. Sentía que algo interior, un sentimiento extraño se apoderaba de ella y le hacía desechar el amor del bravo capitán.

Se reclinó lánguidamente sobre los almohadones y siguió con la vista a Morhange, hasta que éste hubo desaparecido. Luego suspiró tristemente y como si hablara con alguien invisible, exclamó:

—Su amistad por el teniente le hará ser mío.

No se equivocaba Antinea al pensar en la amistad de Morhange por su compañero. Hacía un día que estaba allí y todavía no había podido ver a Saint-Avit y lo único que sabía es que vivía y estaba cerca de él. Morhange hubiera dado incluso su vida por salvar la de su compañero, sin preocuparse para nada de Antinea. No así Saint-Avit, que empezaba a sentir el influjo de la belleza de aquella mujer y ante su recuerdo se obscurecía su mente, sin pensar en nada que no fuera ella. Morhange se le presentaba en aquellos momentos como un rival suyo, podía ser él quien consiguiese la belleza de Antinea, el que poseyera aquel cuerpo sin alma, pero tan majestuosamente bello, que tan sólo por estrecharla en sus brazos Saint-Avit hubiera sido capaz de cometer todos los delitos.

El deseo de volver al lado de Antinea fué su obsesión, su pensamiento continuo y pronunciaba el nombre de aquella mujer, con una unción casi religiosa. Pero Antinea parecía no acordarse de él y Saint-Avit corría por los pasillos del palacio, igual que un loco que busca algo intangible, inexistente...

En una de estas correrías lo sorprendió el conde que le dijo:

—Dónde vais, teniente?

—Quiero ver a Antinea—respondió furioso Saint-Avit.

El conde acostumbrado a estas escenas, no le dió importancia y respondió:

—Os perderéis inútilmente. Jamás volveréis a encontrar el camino, mientras ella no os llame.

El conde tenía ante él varias botellas de vino vacías, señal de que había libado bastante y el teniente Saint-Avit volvió a decirle:

—Dónde está Morhange?

—Tal vez esté con Antinea?—replicó el conde.

—Con Antinea?—exclamó furioso Saint-Avit—. Voy a buscarlos.

Sin atender a las palabras del conde se lanzó por una galería, mientras

tras que al cabo de unos minutos aparecía Morhange.

Desde donde estaban, se percibía una música extraña, al mismo tiempo que vieron llegar a varios tuaregs, conduciendo una especie de ataúd.

—De quién es ese entierro?—preguntó el capitán temiendo por la vida de su amigo.

—Lo ignoro—respondió el conde—. Tal vez os equivocáis? Mas si queréis verlo venid conmigo. Yo lo único que puedo deciros es que Antinea ama... Por primera vez en su vida ama; ella que nunca sintió amor... Os ama, capitán...

—Basta—respondió el capitán—. Llevadme donde decíais.

El conde se levantó y echó a andar sirviendo de guía a Morhange.

UN PANTEON ORIGINAL

Atravesaron todo seguido una interminable serie de escaleras y corredores, hasta que el conde se detuvo detrás de una puerta, introdujo en ella una llave y lo hizo entrar. Al pronto la obscuridad impidió apreciar bien las proporciones de la estancia y el alumbrado, muy escaso, se reducía a doce enormes lámparas de bronce, sostenidas por sendas columnas, puestas sobre el suelo.

El salón era redondo y formaba un perfecto círculo, cuyas paredes estaban divididas en una serie de obscuras hornacinas, hasta el número ciento veinte. Todas tenían unos tres metros de altura y uno de latitud, conteniendo cada una algo parecido a un estuche, más alto de arriba que de abajo y cerradas únicamente por su parte inferior. Más que nada, aquellos bultos parecían cuerpos humanos, o estatuas de bronce.

De pronto abrióse otra puerta y

entraron varios tuaregs, que eran los que cantaban y tocaban, llevando a hombros un pequeño fardo. Depositaron el fardo en el suelo y sacaron de una de las hornacinas un estuche.

El conde hizo que se acercara Morhange y le dijo:

—¿Qué dice usted de esta caja?

Ante su vista apareció una de esas cajas en las que los egipcios conservaban sus momias. La misma madera lustrosa, las mismas pinturas de vivos colores, la única diferencia consistía en que allí no había jeroglíficos...

Los tuaregs deslizaron el bulto que habían depositado en tierra y apareció una forma humana mortalmente rígida. Ante Morhange apareció, ceñida por una especie de sudario de muselina blanca, una estatua de bronce pálido, igual a las que había ya en la estancia.

—¡Una momia!—exclamó Morhange.

—Hablando con propiedad, esto no es una momia—replicó el conde—. Mas lo que sí puedo asegurale es que son los restos de un ser humano. Debo hacerle notar, querido señor, que los métodos de embalsamamiento que en los dominios de Antinea se estilan, difieren mucho de los del antiguo Egipto. Aquí no se emplea nada de sosa cáustica.

Y para confirmar sus palabras el conde—. El bronce es más oscuro de frente de aquel cuerpo humano que despidió un sonido metálico.

—¡Parece bronce!—murmuró el capitán.

—Esto es una frente humana y no bronce, señor—siguió explicándole el conde—. El bronce más oscuro de color. Este metal es el gran metal desconocido que Platón señala en el «Critias» y que ocupa un lugar intermedio entre el oro y la plata, es el metal peculiar de la montaña Atlantida. Es oricalco.

Se quedó mirando fijamente al capitán y continuó diciéndole:

—Su cara de usted parece indicar que no comprende como un cuerpo humano pueda presentarse a sus ojos bajo la forma de una estatua de oricalco. Para llegar a conseguir este objeto, se les recubre a los tejidos

cutáneos de una capa de sal muy tenué, luego se sumerge todo el cuerpo en un baño de sulfato de cobre y la polarización pone el resto. Por ese procedimiento se ha metalizado el cuerpo de este hombre, con la sola diferencia de que en vez de sulfato de cobre, se ha empleado el sulfato de oricalco, que es mucho más caro.

—¿Y de qué murió este hombre?—preguntó el capitán.

—Es un muchacho europeo y murió como todos los demás—respondió el conde—. Murió de amor.

—No le comprendo.

—Sencillamente. Antinea los enloquece de amor. Vive con ellos los placeres que satisfacen su cuerpo y luego los abandona. El recuerdo de Antinea los persigue y como ella ya no les atiende, se entregan al kif y terminan muriendo de eso... «De amor».

Aquella relación hizo temblar al capitán. Temió que su amigo hubiera podido ser una de las víctimas de Antinea y le preguntó:

—Donde está el teniente Saint-Avit?

—Preguntadle a Antinea.

Y salió de aquella lúgubre estancia para ir nuevamente donde le esperaban, las botellas de licor, a que tan aficionado era.

LA HISTORIA DEL CONDE HETMAN DE JITOMIR

Al rato de estar sentado otra vez ante la mesa, donde tenía sus bebidas pasó nuevamente Saint-Avit. Sus cabellos desordenados, su mirada torva y cuanto reflejaba su rostro hacía presumir a un ser que iba perdiendo el equilibrio de sus facultades mentales.

El conde lo detuvo diciéndole alegramente :

—¡Al fin de regreso!... ¡Gracias a Dios!... ¡Bebamos, bebamos!

Le ofreció una copa, que Saint-Avit rechazó, hasta que el conde le dijo :

—¡Bebamos por Antinea!

Al oír pronunciar el nombre de aquella mujer, el teniente se apoderó de la copa y la bebió de un sorbo. El conde, que se hallaba en un estado de completa embriaguez, quiso explicarle como llegó él hasta la Atlántida y le dijo :

—Yo soy francés de corazón, aunque no de nacimiento. Vi la luz

pública por primera vez el año 1829, en Varsovia de padre polaco y madre rusa. Por razones políticas mi padre fué a residir en Londres y a los diez y nueve años quedé huérfano de padre y de madre, que murió antes que él. Mi padre sólo pudo dejarme mil libras de renta y siempre recordaré con emoción aquella época en que liquidé completamente toda mi herencia. Londres era entonces una población adorable y yo me había arreglado un cuartito de soltero en Piccadilly.

Allí conocí a un gran magnate de Francia y obtuve poco después sus favores, por lo que me trasladé a París. Seguí en la capital de Francia mi vida alegre, metido siempre entre mujeres y conocí a Clementina. Clementina era la mujer sin tacha, por la que yo hacía locuras. Actuaba como bailarina en el teatro de la Ópera y nadie como ella sabía dejar ver discretamente sus torneadas

LA ATLÁNTIDA

piernas al bailar el «Can-can». Todos los hombres de aquella época estaban locos por ella y yo me sentía doblemente orgulloso de poder disfrutar de su amor, aun cuando éste me resultaba verdaderamente más caro de lo que yo podía costear.

En aquel entonces vino a sacarme de los apuros monetarios en que me hallaba una comisión de príncipes árabes. Uno de ellos se enamoró locamente de Clementina y yo aproveché la pasión que había despertado ella en el árabe para valerme de éste y satisfacer los caprichos de Clementina con los regalos que el príncipe le hacía.

Pero este juego tuvo su final, y fué una noche, después de haber bailado Clementina. Al terminar la función entré al camerino de la artista y le hice entrega de una alhaja que el príncipe me había dado para que se la ofreciese en su nombre. Ya, como de costumbre, lo hice en nombre mío, y Clementina, loca de alegría, se sentó sobre mis rodillas y me abrazó y besó para demostrarme su agradecimiento.

Cuando más entusiasmados estábamos en nuestro coloquio amoroso hizo su aparición el príncipe y toda la aureola de pródigo que yo me había hecho se vino por tierra.

Al día siguiente fuí a buscar a Cle-

mentina y tuve que decirle la verdad y además darle cuenta de la proposición de matrimonio que el príncipe me había hecho para ella.

Clementina estaba asombrada y ni siquiera sabía qué responderme. Por fin, al cabo de un rato, como si despertase de un sueño exclamó alegramente :

—¡Yo emperatriz!

—Sólo de ti depende—le respondí—. Es necesario que contestes en seguida. Si dices que sí, asunto concluido.

—¿Y el niño, o lo que sea?

—¿Qué niño—pregunté, sin saber a qué se refería Clementina.

—Pues el que ha de venir—respondió Clementina—. Hemos sido unos locos y ahora tendremos que sufrir las consecuencias.

Aquello fué lo que me decidió más que nada a insistir para que Clementina se casase. Eso de tener que cargar con el cuerpo del delito, no me hacía mucha gracia y, sin pensarlo siquiera, le respondí :

—Pues se lo cargas a tu futuro esposo en el capítulo de pérdidas y ganancias. Estoy seguro de que él lo encontrará muy parecido.

Aquel día fué el último que la vi y aun en el momento de despedirnos. Clementina creyó oportuno de-

rramar unas lágrimas en recuerdo de nuestros amores y me dijo:

—Siempre has sido bueno conmigo. Voy a ser reina, y si alguna vez te va mal por aquí, prométeme que vendrás a mi lado.

El príncipe llevó su bondad para conmigo, hasta el extremo de que me entregó una sortija, diciéndome:

—Tomar este anillo, si venir a buscarme y enseñar el anillo, todo el mundo te obedecerá.

Cogí la sortija sin pensar que algún día había de serme de un valor incalculable.

El conde no pudo seguir hablando porque el alcohol lo había dormido por completo, sin que el teniente Saint-Avit, pudiera preguntarle si aquella Antinea era la hija de la tal Clementina o no, como se deducía por las palabras del conde.

Lo cierto es, que durante todo el día no dejó de pensar en Antinea, en aquella especie de estatua humana, que sabía poner fuego en sus miradas para enardecer a los hombres convirtiéndolos en esclavos de ella.

Por la noche, la mulata vino en busca de Saint-Avit, para ver si deseaba algo.

—Sí—le dijo éste—quiero que me lleves otra vez junto a Antinea.

—No la recuerdes—le dijo con hu-

mildad la mulata—. Antinea no te ama, no sabe amar.

—Pero yo quiero verla, necesito aplacar en sus brazos esta sed que me devora.

Junto al teniente estaba la pipa de kif y la mulata la arrojó lejos de ella, exclamando:

—Kif, veneno... ¡La muerte!

Había tal emoción en las palabras dichas por Tanit-Zerga, que Saint-Avit se la quedó mirando fijamente y entonces descubrió el sentimiento que había inspirado a la mulata. No le cabía duda de que aquella mujer estaba enamorada de él.

Pero, ¿qué mujer podría borrar de la mente del teniente la imagen de Antinea? ¿Qué besos de mujer podrían aplacar aquella sed de amor que le devoraba?... Tan solamente Antinea era el manantial donde podría apagar el fuego de su pasión y por lo mismo, sin darse cuenta del daño que causaba a la joven sirvienta, le dijo:

—Llévame donde está Antinea.

—No puedo—respondió la mulata.

—¿Por qué?

—Porque Antinea me mataría. Ella no te quiere ver, ama a otro, al capitán Morhange.

Saint-Avit se revolvió como un loco. Luego, ¿era verdad lo que él ha-

bía sospechado? ¿Era precisamente su amigo quien le robaba el amor de la mujer que lo enloquecía? ¿Era Morhange, el mismo a quien su religión prohibía hacer uso de otra mujer que no fuera la suya, quien en aquellos momentos estaría, tal vez, gozando de las caricias de Antinea?

Su cerebro parecía obscurcido por una nube que empañaba su vista. Deseaba vengarse de Morhange, hacer desaparecer el único rival que tenía en aquel palacio. Si Morhange no hubiera estado allí, Antinea le habría llamado, se habría entregado a él mientras no tuviera otro a quien hacerlo y él habría podido gozar de aquel paraíso en la tierra que prometían las miradas incendiarias de la reina.

La mulata lo miraba cariñosamente, comprendiendo lo que pasaba en el interior del teniente, adivinando el huracán que se desencadenaba en su pecho. Pero ante el temor de que Saint-Avit pudiera morir como tantos otros, se atrevió a decirle:

—Olvida a Antinea y huyamos de aquí.

—Es imposible, Tanit-Zerga—le

respondió el teniente—. No podría vivir sin esa mujer.

—Piensa que ella es la muerte—le dijo la mulata.

—Más vale morir en sus brazos, que morir sufriendo de amor por ella... Déjame solo, te lo ruego...

Salió Tanit-Zerga del aposento y durante toda la noche el teniente Saint-Avit no pudo dormir. Los más estrañalarios pensamientos se agitaban en su cerebro y el nombre de Antinea y de Morhange, aparecían ante él, como una verdadera fascinación.

Al día siguiente, sin haber dormido una sola hora, el teniente Saint-Avit parecía otro ser distinto del que había llegado a las tierras de la Atlántida. Su mirada ceñuda y dura parecía la de un hombre que sospecha de todos. Su agitación nerviosa le producía fuertes sacudidas y solamente parecía calmarla, fumando aquel infernal kif, que iba envenenando su sangre.

Creía a Morhange un hipócrita, un desleal, que había abusado de su situación, para apoderarse de lo que consideraba que solamente a él pertenecía.

LA ULTIMA ENTREVISTA DE ANTINEA Y MORHANGE

Llevaban ya los prisioneros varios días en poder de Antinea y el teniente Saint-Avit se consumía en aquella fiebre amorosa. No había vuelto a ver Antinea y su desesperación, a medida que transcurría el tiempo, era mayor.

Una noche, decidido a verla a todo trance, se aventuró por aquel laberinto de pasillos, la suerte o la desgracia le llevaron hasta el aposento de Antinea. Alzó suavemente un tapiz y ante él apareció la reina. Quedó mudo de asombro en la contemplación de aquella diosa mitológica.

No era ya la princesa altiva y burlona que él vió en su entrevista con ella. No lucía ni pulseras, ni sortijas. Por toda vestidura llevaba una túnica holgada y sus negros cabellos, sueltos de todo lazo, caían en ondas de ébano sobre sus marmóreos hombros.

Sus hermosos ojos estaban circui-

dos de grandes ojeras y tenía frunciada la divina boca.

Junto a ella una hechicera trataba de leer el porvenir, haciendo señales en una bandeja llena de arena, y el teniente Saint-Avit le oyó pronunciar las siguientes palabras :

—Quien perdió el juego, perdió el reposo. Quien ganó en amor, la muerte ganó.

—¡La muerte! —exclamó asustada Antinea—. ¿Quién debe morir?

—El juego lo dice—volvió a repetir la hechicera—. ¡El morirá!

—No—protestó con energía Antinea—. El no morirá... todavía.

Salió la hechicera de la estancia y Antinea quedó sola durante un gran rato, completamente inmóvil, como presa por un torturador pensamiento.

Frente al lugar donde estaba el teniente Saint-Avit había un espejo alto y Antinea se irguió delante de él. Dejó caer la túnica que la cubría y

quedó desnuda. ¡Amargo y dulce espectáculo el de ver como una mujer, que se cree sola, se conduce ante un espejo, aguardando la llegada del hombre a quien quiere seducir!

Sonaron unos discretos pasos y Antinea se cubrió rápidamente, adoptando otra vez aquella lánguida postura de siempre.

Precedido de un targui blanco entró Morhange. El teniente Saint-Avit pudo apreciar que también se hallaba algo pálido. Se mantuvo de pie delante de Antinea, fingiendo que no había visto el ademán que ella le hizo para que se sentase a su lado.

Ella le miró sonriendo y le dijo, al fin :

—Acaso extrañas que te haga venir a hora tan intempestiva.

Morhange ni respondió, ni hizo el menor gesto.

—¿Lo has pensado bien? —le dijo Antinea, con una voz en la que vagamente quería ocultar el tono de súplica.

Morhange sonrió con gravedad y continuó guardando silencio.

—Te he mandado venir—siguió diciéndole Antinea—, para comunicarte algo que no esperas. No creo hacerte revelación alguna con decirte que nunca he encontrado un hombre como tú. Durante tu cautividad, cer-

ca de mí, sólo un deseo has manifestado. ¿Ya recordarás cuál?

—Sí, le he pedido a usted—respondió con sencillez Morhange—permiso para ver de nuevo a mi amigo, antes de morir.

Saint-Avit, al oír aquella contestación quedó con el ánimo en suspenso. No hubiera podido decir cuál de los dos sentimientos predominó en su corazón: si el asombro, o la emoción. Asombro, al observar que Morhange le hablaba de usted a Antinea, y emoción, al saber que su único deseo había sido verle. Pero antes de que pudiera definir estos dos sentimientos oyó que Antinea le decía de nuevo :

—Precisamente por eso te he mandado venir; para anunciarle que vas a verlo. Haré más todayía. Acaso me desprecies doblemente viendo que te ha bastado mantenerte terco para imponerte tu voluntad, a mí, que hasta ahora, siempre sometí la de todos a la mía. Mas, pase lo que pase, es cosa resuelta: os restituiré a ambos la libertad. Mañana mismo, Segis ben Sheik os llevará más allá de la quintuple muralla... ¿Estás contento?

—Sí, lo estoy—contestó burlonamente Morhange.

Antinea no apartaba los ojos de él. Esperaba que aquella resolución

suya ablandase el corazón del capitán. Creía que aquella prueba de amor que ella le daba harían desaparecer las dudas del capitán y que éste la trataría más familiarmente.

Como había dicho el conde, Antinea amaba y amaba por primera vez en su vida. Ella, que hasta entonces no había hecho otra cosa que ofrecer su cuerpo para apoderarse del alma de aquel que había caído en sus brazos, sentía ahora con toda la fuerza de su ser una pasión que la devoraba. En sus ojos se reflejaba la intensidad de su sentimiento amoroso y a buen seguro que si en aquel instante el capitán le hubiera propuesto la fuga, Antinea no habría dudado en seguirlo.

Hasta aquel momento Antinea no se había sentido mujer, se habría creído que su cuerpo carecía de alma, igual que la efigie que representaba su busto y que se hallaba colocada en medio del original panteón que viera Morhange.

Fué acercándose al capitán, como un felino mimoso que espera la caricia del amo, como una esclava sumisa, que sabe que va a recibir el azote de su dueño, pero que, sin embargo, acude a él, sabiendo que el azote ha de hacerla feliz.

No, no era la Antinea que había

visto Saint-Avit, la misma mujer que ahora veía.

—Dónde estaba aquel orgullo?... —Dónde estaba aquella risa burlona, casi despectiva? Aquella no era la soberana cuya voluntad no admitía réplica. Antinea se presentaba en aquel instante ante él, como una mujer enamorada, que temblaba al impulso de aquel sentimiento que hacía extremecer todo su cuerpo, esperando aunque sólo fuera una palabra cariñosa del hombre adorado.

Pero el capitán Morhange no cedió. Continuó en la misma actitud que antes y sólo cuando ella le preguntó de nuevo, mirándole a los ojos, como si quisiera introducir por ellos, en el corazón de Morhange toda su pasión, si estaba satisfecha, respondió:

—Lo estoy, porque eso me permitirá organizar algo mejor la próxima excursión que por aquí pienso hacer.

—¿Piensas volver?—preguntó ella, vislumbrado un rayo de esperanza en su amor.

—Desde luego—contestó con su seriedad fría el capitán. No dude usted que he de venir a demostrarle mi gratitud. Sólo que esta vez, para tributar a tan poderosa reina los debidos honores, pediré a mi Gobierno que me confíe doscientos o trescien-

tos soldados europeos, amén de algunos cañones.

Antinea, se puso intensamente pálida. Retrocedió unos pasos y en sus ojos se expresó el asombro que le había causado la contestación del capitán.

—¿Qué dices?—preguntó.

—Digo—volvió a decirle Morhange fríamente—, que era cosa previsible. Tras las amenazas, las súplicas y las promesas. Pero yo he de impedir que sigan siendo víctimas de sus encantos perversos los jóvenes que ese Seig ben Sheik trae a esta mansión.

Se transformó por completo la expresión de Antinea. De la mujer suplicante, se convirtió en un ser aun más extraordinario que Saint-Avit había visto. Sus ojos parecieron echar fuego, todo su cuerpo temblaba al impulso de su coraje y con la cabeza erguida, mirando fijamente a Morhange, como desafiándole con la mirada, avanzó amenazadoramente varios pasos hacia él.

El capitán no hizo el menor movimiento y con los brazos cruzados, contemplaba, con una mirada de grave piedad.

Ante aquel gesto, desesperada por su impotencia, para romper la frialdad propia de los seres que viven en aquellas tierras. Mordiendo las pala-

bras, como si le hicieran daño al salir de sus labios, le dijo:

—¡Te haré morir en medio de los más atroces suplicios!

—Soy su prisionero—contestó Morhange, sin alterarse.

—¡Sufrirás lo que ni siquiera puedes imaginarte!

—Ya le he dicho que soy su prisionero y que no temo, ni su castigo, ni su venganza.

Antinea daba vueltas por la habitación, como una fiera enjaulada. En aquellos momentos la blancura casi pálida de su rostro había desaparecido, tiñéndose sus mejillas de un vivo carmín, debido a la cólera de que estaba poseída. Después de dar varias vueltas por la estancia se dirigió al capitán y fuera de sí, como una loca, le abofeteó con zaña.

Sonrió Morhange, y cogiéndola por las muñecas y apretándoselas con mezcla de energía y delicadeza, la redujo fácilmente a la impotencia.

El lobo-tigre lanzó un rugido, como queriendo saltar sobre el capitán, pero ante el gesto y la mirada energética de éste, el animal se sintió cohíbido y volvió a replegarse a sus almohadones, gruñendo débilmente.

Antinea luchó por desasirse de las manos del capitán y cuando éste la dejó débilmente, le dijo encolerizada:

—¿No temes a la muerte?

—La he visto tan de cerca tantas veces, he sentido tantas también el frío de su mano, que ya estoy acostumbrado a su vista. No podrá, por más que imagine suplicios, sacarme un solo lamento. Los que tenemos fe en nuestro Dios y la conciencia tranquila, no tememos a la muerte, sino que en el dolor encontramos la resignación necesaria para sobrellevarlo.

—¿Eres casado?—preguntó Antinea.

—Sí—respondió el capitán—. Y mi religión me prohíbe hacer uso de ninguna otra mujer que no sea la mía.

—Y si fueras soltero, me amarías?

Morhange la miró compasivamente y respondió:

—A una mujer como usted no se la puede amar. Se la desea, y yo no soy hombre a quien inspire deseo el cuerpo de una mujer hermosa, aprecio más su alma y usted no la tiene.

Jamás hubiera creído Antinea que habría podido sufrir de un prisionero suyo tanta ofensa, como la que le hacía el capitán. Morhange despreciaba su piedad, sus súplicas, la despreciaba a ella y despreciaba también su venganza.

Poco a poco iba enardeciéndose Antinea ante aquella frialdad de Mo-

rhange, pensaba en un algo que a él pudiera hacerle sufrir lo mismo que ella sufría. Quería imponer la ley de Talión y al cabo de unos segundos respondió:

—Mataré matar delante de ti a tu compañero.

Saint-Avit advirtió entonces que el capitán se ponía pálido, pero esto sólo duró un instante, que pasó desapercibido para Antinea. Luego, con una nobleza y perspicacia que asombraron al mismo teniente, le dijo, sonriendo:

—Mi compañero es tan valiente como yo y no teme morir. Estoy, además, seguro de que preferiría la muerte a la vida rescatada por mí al precio que usted propone.

Antinea estaba intensamente pálida, y su semblante daba miedo. Se advertía por la agitación de todo su cuerpo que iba a pronunciar las palabras definitivas que decidirían la suerte de los dos amigos.

—Escucha—le dijo—. Por última vez te lo digo. Ten presente que en mis manos están las llaves de este alcazar, que ejerzo un imperio supremo sobre la vida. Ten presente que si aun alientes, es porque te amo; ten presente...

—Ya he pensado bastante en todo —dijo Morhange.

—Por última vez—repitió Antinea.



Se erguía Antinea orgullosa de su belleza, de su hermosura, de su supremacía...



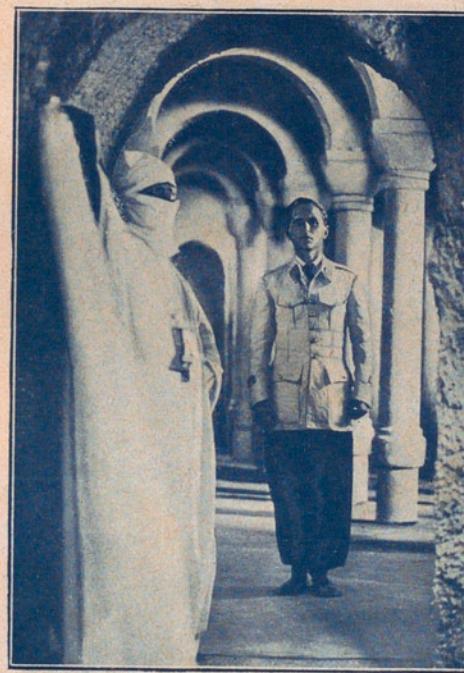
De improviso se
vieron atacados.



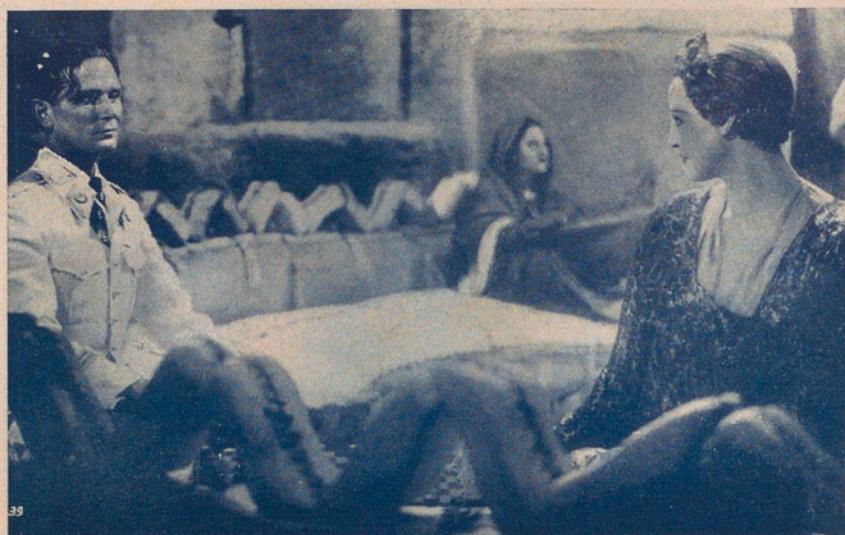
El capitán
Morhange.



Le había agarrado
por el cuello...



El targui lo llevó
por unos pasillos
desconocidos.



Dedicó al teniente
una larga mirada.



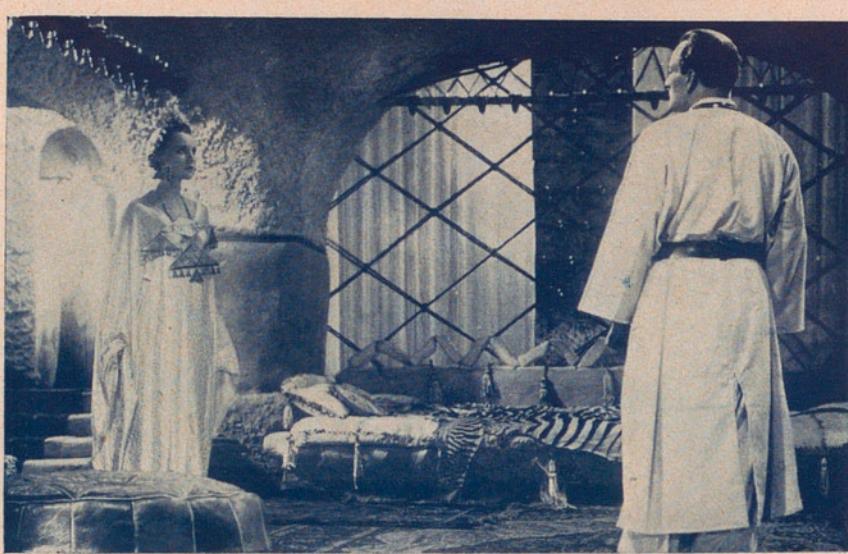
Su mirada torva
hacía presumir un
sér desequilibrado.



Se irguió ante el espejo
contemplando su figura.



Se dejó caer sobre
los cogines y pare-
cía una estatua que
percibiese un soplo
de vida.



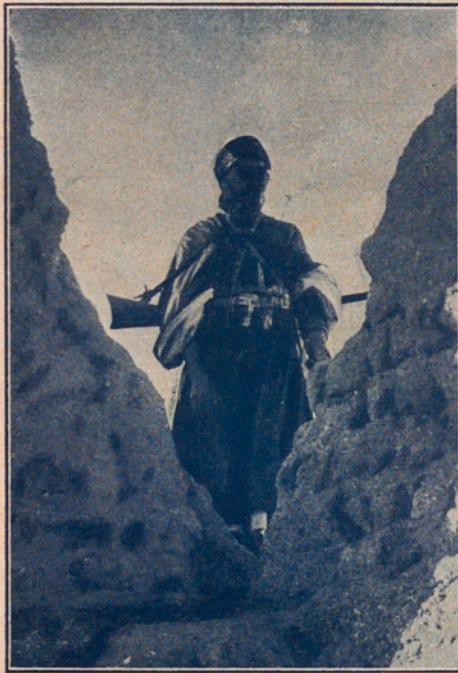
- Acaso extrañas
que te haga venir.



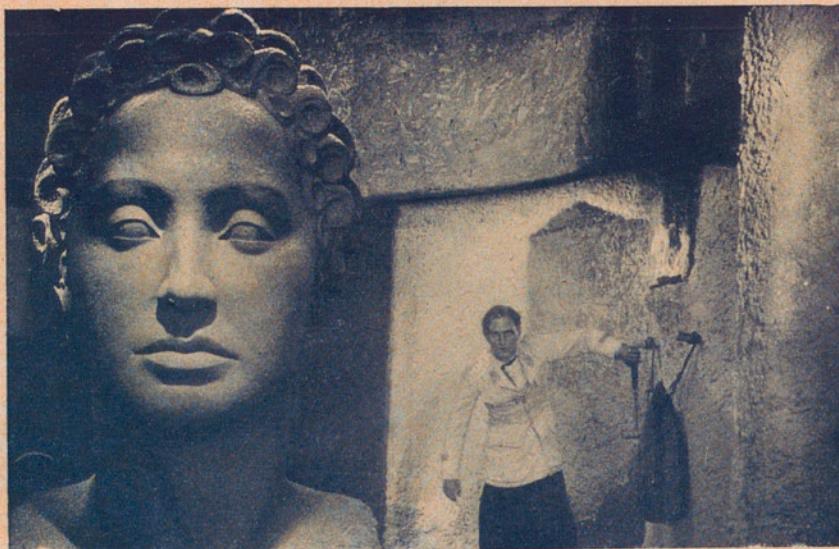
¡Maldita!



La redujo facil-
mente a la im-
potencia.



Seig ben Sheik los
miraba acercarse.



Corrió en busca
de Antinea.



Tanit-Zerga iba
montada a la
grupa del
camello.



La prodigiosa serenidad del semblante de Morhange alcanzó en aquel momento el grado supremo, parecía como si hubiera desaparecido de él toda expresión terrena, para adquirir otra divina.

Antinea, medio desfallecida por la escena que acababa de sostener, volvió a decirle:

—Por última vez te lo pregunto... Estás decidido?

Morhange ni siquiera se dignó mirarla, y se entretuvo paseando por la

habitación, hasta que ella, furiosamente, le dijo:

—¡Bueno, pues serás complacido!

Cogió el martillo de oricalco y dió un fuerte golpe sobre el gongo. Al momento apareció el targui blanco y Antinea, señalando al capitán la puerta, le dijo:

—¡Sal!

Y Morhange, con la cabeza erguida, como el general vencido con honra, salió de la estancia de Antinea.

ANTINEA Y SAINT-AVIT

¡Qué hermosa estaba entonces Antinea, en su majestad desdénada, en su belleza por primera vez vencida! Se dejó caer sobre los cojines y parecía una estatua que, de cuando en cuando, percibiera un soplo de vida, que la hacía estremecerse. Ningún hombre que no hubiera sido Morhange habría podido resistir la tentación de correr a sus brazos y besarla con frenético deseo de posesión. Su figura helénica adquiría proporciones fantásticas de belleza divina y nadie habría podido creer que en aquel cuerpo de escultura humana, tuviera cabida tanto odio y tanto amor como el que sentía Antinea en aquellos momentos.

Lloraba por el desprecio que le había hecho el primer hombre a quien amaba y deseaba para él un castigo ejemplar, al mismo tiempo que su corazón latía violentamente, pensando en la vida del ser amado.

Silenciosamente, sin que ella lo

advirtiera, Saint-Avit, preso otra vez por la locura del deseo fué acercándose adonde estaba Antinea.

Un leve rugido del lobo-tigre hizo que ella volviera la vista hacia él y que al verlo le sonriera fascinadora. En tal postración se hallaba que ni siquiera se asombró de verle allí, a su lado. Sin saber cómo, el teniente se encontró de pronto en los brazos de aquella mujer, sintió su cabeza reclinada sobre su hombro y olvidó todo lo que no fuera ella. Sus tibios brazos lo enlazaban dulcemente y Saint-Avit sentía en aquellos instantes toda la embriaguez de un amor deseado y a punto de lograr.

El perfume que se desprendía de su cuerpo, tan exótico como todo el ambiente, aquella languidez nocturna, con que ella se dejaba acariciar, eran tan enervantes, que sin poderse contener, el teniente buscó la boca de la diosa y besó frenéticamente aquellos labios que supieron devol-

verle el beso, con un ardor y un fuego, tan solamente creíbles en una mujer apasionada.

—¿Me amas?—preguntó mirándolo fascinadoramente ella.

—¡Más que a mi vida!—respondió el teniente.

—¿Olvidarías todo por mí?—preguntó ella.

Nada me importa en el mundo más que tú—respondió apasionadamente el teniente.

—Y todo lo que fuiste, todo lo que eres?—siguió inquiriendo mimosamente Antinea.

—De nada me acuerdo, ni quiero acordarme—replicó con energía Saint Avit, fascinado por ella—. Para mí no hay más que tu amor. Todo lo demás sobra en mi existencia.

—Y qué harías por conseguirme?—preguntó besándolo en la boca, como una víbora que quisiese introducir su veneno en la sangre de la víctima.

—Lo que quieras, lo que me pidas, eso haré—exclamó convencido Saint-Avit.

Antinea quería llevar hasta el paroxismo la pasión del teniente y lo hizo sentar junto a ella. Cogió su cabeza y la reclinó sobre sus rodillas y lo hizo sentar junto a ella. Cogió su cabeza y la reclinó sobre sus ro-

dillas nerviosas y suaves. El contacto de aquel cuerpo fué como un influjo eléctrico en el cerebro de Saint-Avit. En su delirio amoroso, la belleza de Antinea se acrecentaba, se transformaba en algo supremo e indefinible. Sus sentidos embotados por las frangancias de los perfumes que desprendían los pebeteros y su alma aprisionada al igual que su voluntad en los encantos seductores de aquella mujer, era algo absoluto, impreciso, que necesitaba de una fuerza ajena para ejecutar cualquier acción.

Ella, siempre amante, siempre invitadora, dejándole prever seducciones sin límites le volvió a preguntar.

—¿Harías lo que yo te pidiese?

—¡Lo que tú quieras, te lo juro, por mi honor!—respondió el teniente.

El rostro de Antinea, casi pegado al del teniente, su boca entreabierta como la de un sediento que agoniza y sus ojos fascinadores, desprendían un extraño fulgor que Saint-Avit no pudo adivinar.

Antinea, tomó el martillo de oricalco con que había golpeado el gongo, hacía un momento. Era un martillito con puño de ébano y pesado mazo, que, según le había contado Tanit-Zerga, empleó un europeo para matar a un targui. Antinea se lo

entregó, sin dejarle de mirar, y le dijo :

—¡ Mata a Morhange y ven a buscarme !

—¿A Morhange? —preguntó inconscientemente el teniente.

—Sí —le dijo ella, persuasiva—. Luego tendrás mi amor. Te haré feliz esta noche.

Dando tumbos como un ser completamente ebrio, Saint-Avit se apoderó de aquella arma, sin saber siquiera para qué la necesitaba. Los ojos de Antinea, fijos en los de él, seguían ordenándole el sitio por donde se había marchado Morhange, y su voz suave, como el sonido de un manantial cristalino le ordenó nuevamente :

—¡ Mátale, y ven !

Loco, poseído por aquel deseo, corrió Saint-Avit por los pasillos, hasta que, de pronto, distinguió al capitán Morhange. No le dió tiempo de volverse siquiera, sino que su mano se levantó y cayó pesadamente sobre la nuca del capitán, que rodó por tierra mortalmente herido.

Fué un relámpago de lucidez, un instante de dominio sobre sí mismo, lo que hizo ver al teniente el crimen que había cometido en la persona de su más fiel amigo. Todo su ser se extremó de horror hacia él mismo y

corrió a prestar auxilio a quien había asesinado.

Morhange abrió por última vez los ojos y por última vez también, exclamó tristemente, como si le doliera más que su muerte, el hecho de haber sido muerto por el teniente.

—¡ Saint-Avit !

Y con los ojos abiertos, como es- pantado de aquella acción, murió sin pronunciar más palabra.

—¡ Morhange ! —exclamó desesperado Saint-Avit—. ¡ Morhange !... ¡ Amigo del alma !... ¡ Ha sido ella !... ¡ Ella !...

Poseído por el deseo de vengar a su amigo corrió en busca de Antinea y la encontró junto a su misma efigie.

Difícil hubiera sido saber cuál de las dos era el ser humano. Antinea, envuelta en su túnica, esperó tranquilamente que Saint-Avit llegase a ella, segura de lo que pasaba por el interior del oficial. En su alma quedaba satisfecha la venganza más cruel que hubiera podido imaginar, puesto que no solamente había dado muerte a Morhange, sino que en su último momento había conseguido hacerle sentir el profundo dolor de verse asesinado por su propio compañero.

Saint-Avit llegó junto a Antinea, y con todo el horror que en aquel

instante le producía su presencia, levantó el brazo armado del martillo, para castigar la maldad de aquella mujer, al mismo tiempo que decía :

—¡ Maldita !

No pudo dar el golpe. Varios bra- zos se aferraron a él sujetándolo, mientras que Antinea sonreía enigmáticamente, al ver reducido a la impotencia a su enemigo.

EL AMOR DE TANIT-ZERGA

Amaneció cuando Saint-Avit, conducido por varios tuaregs fué llevado a su aposento y echado sobre la cama. Su semblante pálido como el de un cadáver, daba la sensación de que era un cuerpo sin vida, a no ser por la dificultosa respiración que rítmicamente agitaba su pecho. Durante todo el día el teniente no recobró el conocimiento y cuando volvió en sí, la pálida luz de la luna, entrando por el balcón abierto, penetraba a raudales en el cuarto.

Junto a él, Tanit-Zerga parecía velar su sueño, sin atreverse a pronunciar la menor frase que pudiera molestarlo. Le vió abrir los ojos y aun continuó callada, hasta que Saint-Avit le preguntó inconscientemente:

—¿Eres tú, Tanit-Zerga?

—Sí—respondió la joven mulata.

—Soy yo, pero no hables fuerte.

—Ha pasado algo horroso, Tanit-Zerga—le dije a punto de romper a llorar—. Si supieras!

—Lo sé todo—respondió la mulata, débilmente.

—¡Sácame de aquí, Tanit-Zerga! Huyamos!—le imploró Saint-Avit, recordando el amor que ella le había demostrado siempre.

La joven esclava, se puso un dedo en los labios y en voz muy baja, le dijo:

—No hables tan fuerte. En la puerta hay un targui blanco de centinela.

—Entonces... ¿no podemos huir?—preguntó desesperado Saint-Avit.

—Para eso he venido—respondió con sencillez la mulata.

Saint-Avit la miró curiosamente. No vestía ya su hermosa túnica de seda encarnada, sino que se envolvía en un sencillo jaique blanco, uno de cuyos paños se había echado sobre la cabeza.

—Yo también—siguió diciendo en voz baja—quiero salir de aquí, hace mucho tiempo que lo deseo. No soy

de estas montañas y odio esta vida de esclava, que no he sido hasta que me vendieron unos miserables que mataron a mis padres. Desde que estoy aquí siempre deseé irme, pero nunca me atreví a hablar de esto a los que vinieron antes que tú. Ninguno pensaba más que en «ella». Pero tú has querido matarla.

—¡Huir!... ¡Huir!—murmuró con voz apagada el teniente—. Pero, ¿por dónde?

—Por ahí—respondió la mulata, señalando la ventana del aposento.

—De aquí al suelo hay doscientos pies, Tanit-Zerga.

Mas, Tanit-Zerga había ido prevenida de una cuerda muy fuerte y larga y le dijo:

—Esta cuerda tiene fuerza para resistir dos cuerpos más pesados que los nuestros y cincuenta pies más que la distancia que hay de aquí abajo. Además, a cada diez pies he hecho un nudo, para poder descansar mientras descendemos y tomar alientos.

El teniente Saint-Avit miraba sorprendido a la mulata, que siguió diciéndole:

—Tú bajarás primero, y cuando estés abajo, me haces una seña, yo ataré la cuerda a la columna de esta habitación e iré a reunirme contigo.

—Pero, ¿cuándo estemos abajo, cómo nos las compondremos para sa-

lir?—preguntó el teniente, sin poder adivinar que todo lo tenía preparado Tanit-Zerga—. ¿Conoces tú acaso las cinco murallas?

—Nadie las conoce—respondió la mulata—, a excepción de Antinea y Segir ben Sheik.

—¿Entonces...?—inquirió desalentado el teniente.

—Echaremos mano de los camellos que él emplea en sus viajes—siguió diciéndole la esclava—. He desatado uno, el más fuerte y lo he llevado ahí abajo, dándole mucha hierba, para que no arme ruido y esté alimentado cuando lonecesitemos para salir. El mismo camello nos enseñará el camino. Dentro de una hora podemos estar fuera del quinto recinto y dirigirnos hacia el desierto. Son muchos días los que tendremos que caminar pero estoy segura de que lograremos llegar a un puesto francés o a una tribu de árabes amigos de Francia.

Esperaron silenciosamente durante una hora y cuando ya la luna dejó de reflejarse sobre la estancia de Saint-Avit, Tanit-Zerga se puso a trabajar afanosamente.

Al cabo de un rato, exclamó:

—Todo está listo, podemos empezar a bajar.

Saint-Avit se dejó deslizar por la cuerda, hasta que después de un rato sus pies tocaron tierra. Junto al lugar donde él había quedado ad-

virtió la presencia del camello que Tanit-Zerga le había dicho y poco después la joven se reunió con él diciéndole:

—Vamos, no hay tiempo que perder, si queremos alejarnos antes de que amanezca.

Desataron al camello y le siguieron seguros de que el animal, por la fuerza de la costumbre, los llevaría a la salida de aquel laberinto de murallas.

Tal como lo pensaron sucedió y después de media hora de caminar, divisaron la gran puerta que daba salida al desierto.

Un gran desaliento se apoderó de los dos fugitivos cuando divisaron en la puerta del recinto a Seig ben Sheik, que los miraba acercarse sonriendo burlonamente.

—Todo se ha perdido—respondió el teniente.

—Ese maldito tuareg nos detendrá—repuso fríamente Tanit-Zerga—. A mí me matarán por haber pretendido huir y por haberte facilitado la fuga.

En las palabras de la mulata no había la menor expresión de espanto, se advertía que prefería mejor la muerte a seguir viviendo en su condición de esclava y sin detenerse siguió adelante hasta llegar donde estaba Seig ben Sheik.

Este los miró burlonamente y dirigiéndose a la joven le dijo:

—Ladrona de camellos.

El teniente Saint-Avit sin armas y a merced de aquel hombre, no sabía qué partido tomar, hasta que el árabe continuó diciendo:

—Esta atolondrada, no se le ha ocurrido más que ensillar el camello. No ha hecho provisiones de agua, ni de pienso y antes de tres días ya habrás muerto de sed y de hambre.

Tanit-Zerga miraba al targui con una mezcla de espanto y esperanza, mientras que Seig ben Sheik le entregaba al teniente dos odres llenos de agua y le decía:

—Economizad este agua todo lo que podáis, porque habéis de atravesar una región horrible. Puede que en 500 kilómetros no encontréis un pozo. En estas alforjas llevas unas latas de conservas, no muchas porque el agua es más necesaria, y una escopeta, tu misma carabina.

Después le entregó un pliego de papel, que era un plano del camino que debían recorrer y le preguntó:

—¿A dónde piensas dirigirte?

—Hacia Ideles, para volver otra vez al punto donde nos encontraste—le dijo Saint-Avit.

—Ya me lo figuraba—dijo burlonamente el árabe—. Mañana, antes que el sol se pusiera os habrían cogido

a ti y a la moza y os habrían dado muerte. Hacia ese camino continúan los dominios de Antinea. Has de tomar rumbo Sur.

—Iremos por Silet y Timissao—replicó Saint-Avit, dando una demostración que conocía perfectamente todo aquello.

El tuareg movió otra vez negativamente la cabeza y le dijo:

—Ese es el camino bueno, el que tiene pozos. Saben que tú los conoces y los tauregs no dejarán de esperarte junto a los pozos. Ese camino no lo debes tomar, hasta que estés a 600 kilómetros de aquí, por Iferuan, o mejor todavía, a la altura del río Telemsi; allí terminan los caminos que suelen recorrer los tuaregs. Los habitantes de esa región son feroces, pero temen a los franceses. Además, en esos campos abundan los árboles y hay fuentes. Si lográs llegar hasta el río estás salvados.

—Haremos lo que tú dices—respondió el teniente.

—Bueno—exclamó el árabe desliando el rollo de papel—. Aquí tienes el plano del terreno que habéis de recorrer con indicación de los pozos que hay. Son muy pocos y muchas veces suelen estar secos. Procura no apartarte de esta línea, si

no lo haces así, como yo te digo, date por muerto.

—Haré cuanto dices—respondió el teniente, nuevamente.

De un manantial que había cerca de la misma puerta el árabe tomó agua y les dijo:

—Ahora bebed, hasta hartaros. Esa agua la economizaréis de la de las odres...

Miró si el camello estaba bien cinchado y al fin exclamó:

—Todo está en regla. Marchad antes que se haga de d'a.

Pero aquella acción del árabe no podía menos que dejar sorprendido a Saint-Avit quien sin poder disimular su curiosidad le preguntó:

—Seig ben Sheik, ¿por qué haces todo esto por nosotros?

—Por qué?

—Sí?

—Pues, porque es obligación mía—dijo gravemente—. El Profeta permite al justo que por una vez en la vida deje que la piedad prevalezca sobre el deber. Yo hago uso de esa autorización en favor de aquel que me salvó la vida.

—¿Y no temes—le dijo—que si vuelvo a donde están los franceses, hable y revele el secreto de Antinea?

—No—respondió con voz irónica—tú no tendrás empeño, en que

tu gente sepa como murió el capitán Morhange.

La respuesta no podía ser más lógica y dejó en silencio al teniente, hasta que el árabe, mirando fijamente a Tanit-Zerga volvió a decir:

—Quizá haga mal en dejar con vida a la muchacha... Pero te ama y ella tampoco dirá nada que pueda perjudicarte... Marchaos ya, que el tiempo corre.

El teniente Saint-Avit le ofreció la mano al árabe, para agradecerle su acción, mas éste la rehusó diciéndole:

—No me agradezcas lo que hago, pues lo hago por mí, para adquirir méritos con Dios. Ten por seguro que no volvería a hacerlo, ni por otro ni por ti. En nada te favorezco a ti.

El teniente lo miró con extrañeza y Segi ben Sheik, con una risita burlona le volvió a decir:

—En nada te favorezco, porque tú volverás un día, y ese día no cuentes ya con la compasión de Segi ben Sheik.

—¿Que volveré?—preguntó extrañado el teniente.

—Volverás, volverás—repitió solemnemente el árabe. Ahora huyes, pero te engañas si crees que vas a ver de nuevo al mundo con los ojos de antes. Por todas partes, en

lo sucesivo, un solo pensamiento habrá de asediarte, y un día, dentro de un año, de cinco, puede que de diez, volverás a recorrer este mismo camino para llegar aquí.

—¡Cállate!—suplicó la muchacha.

—¿Ves?—le dijo el árabe. —¿Ves? Ella sabe que es verdad lo que te digo. Conoce la historia de otro que consiguió huir y que al cabo de los dos años volvía encontrármelo a la entrada del recinto, buscando inútilmente la forma de llegar a presencia de Antinea. Ahora, idos.

—Gracias—le dijo el teniente Saint-Avit.

—Hasta la vista, teniente—le respondió el árabe.

Tanit-Zerga que iba montada a la grupa del camello, se abrazó a Saint-Avit, como si quisiera ampararlo contra las últimas palabras de Segi ben Sheik. Saint-Avit adivinó lo que significaba aquel abrazo y sonrió, al mismo tiempo que se decía:

—Me parece que como no caigas prisionero de mis gentes, lo que es a mí no me ves más Segi ben Sheik. Yo no tengo nada que agradecerte y sufrirás el castigo que mereces por secuestrador de hombres.

Remontaron una duna y horas después, antes de que el sol apareciese habían perdido de vista las murallas de la Atlántida.

Allí quedaba la mujer-diosa, quedaba Antinea, la insatisfecha de amor. Allí quedaba también el ridículo conde y quedaba el capitán Morhange, el fiel amigo que no dudó en morir por salvarle y a quien él había dado muerte. De sus ojos se desprendieron unas lágrimas de dolor y recordó toda su estancia en aquel maldito alcázar, como si hubiera sido un sueño. Así lo hubiera creído si junto a él no estuviese Tanit-Zerga, para demostrarle que todo fué verdad, que fué la realidad misma.

Sintió que su cuerpo se estremecía ante aquellos recuerdos y Tanit-Zerga, la dulce amante, que presentía todo lo que pasaba por Saint-Avit, hizo más fuerte el abrazo en que lo tenía y le dijo humildemente:

—Olvida teniente. Solamente en el olvido hallarás la paz de tu alma y la tranquilidad de tu cuerpo.

Saint-Avit, conmovido por el amor de la mulata, acarició las manos de ella, al mismo tiempo que instaba al camello para que apresurase el paso. La ciudad misteriosa, en cuyo descubrimiento habían trabajado tantos sabios geólogos quedaba tras de ellos, envuelta en la negrura de la noche y rodeada de las misteriosas dunas del desierto, mientras que ante ellos se elevaba, como una sombra la formidable extensión de arena que deberían atravesar para llegar otra vez al mundo civilizado, a aquel mundo que le exigiría explicaciones sobre la desaparición del capitán Morhange...

EN PLENO DESIERTO

Durante las primeras horas de aquella fuga el camello de Segi ben Sheik los condujo a una velocidad vertiginosa. Recorrieron un trécho de lo menos cinco leguas, dirigiéndose hacia el lugar que les había indicado el árabe.

No se había engañado Segi ben Sheik al indicarles el camino, porque al amanecer ya iban acercándose a poblados distintos de los que se hallaban en los dominios de Antinea. Grandes trozos de sombras se obstinaban todavía en no recibir la luz del sol, mientras que en la mente del teniente Saint-Avit iban desapareciendo débilmente, con la brisa de la mañana, los tristes pensamientos de la noche anterior.

El árabe había calculado que necesitarían ocho días para llegar a las regiones arboladas de los Auelimiden, nuncio de las herbosas estepas del Sudán. Los pozos señalados por

Segi ben Sheik hallábanse en efecto, en los sitios señalados en el plano, pero sólo pudieron encontrar algunos de ellos con agua y aun éstos eran un ardiente y amarillento lodo lo que contenían.

Aquel fango turbio bastaba para saciar la sed del camello, gracias a lo cual y a los prodigios de templanza que hicieron para escatimar el agua, al cabo de cinco días sólo habían gastado un odre de agua.

Una ráfaga de esperanza mantenía viva la ilusión de los fugitivos que se creían ya salvados. Tan sólo tres días más de caminar y entrarían en la zona donde el agua no escasea y donde podrían proveerse de víveres, eso en el caso, de que antes no encontraran alguna caravana que los favoreciera.

Al quinto día se advertía en los rostros de los dos una gran alegría que en vano disimulaban ocultar y

más aún en el de Tanit-Zerga, al irse convenciendo de que el teniente Saint-Avit no se acordaba para nada de Antinea. Y verdaderamente durante aquellos días, el teniente sólo pensaba en evitar aquél tórrido bochorno, en cuidar de que el agua se mantuviera fresca, para lo cual tenían que esconder durante una hora, el odre de piel de macho cabrío, en la hendidura de cualquier peña.

Al sexto día de marcha, después de un descanso de más de una hora, para evitar la fuerza de los rayos solares, se hallaban los dos fugitivos sentados encima de un gran pedrusco y miraban hacia el horizonte que se iba tiñendo de rojo.

—Por qué has querido huir de la Atlántida y del lado de Antinea, conmigo...

—¿Dices que no eres de allí?— preguntó con interés el teniente Sain-Avit.

—No—respondió la muchacha—. Yo soy de muy lejos, soy de Gao, por donde pasan las aguas del Níger. Mi padre era el rey, pero una noche, apenas si contaba yo doce años, cuando sucedió lo que te voy a referir. Me había dormido y la luna estaba aún alta sobre la selva, cuando ladró un perro, aunque por poco rato. Luego oyéronse chillidos de hombres y mujeres, alaridos de

esos que no pueden olvidarse cuando una vez se han oído. Yo nunca supe lo que pasó, pero lo cierto es que cuando salió el sol me encontré desnuda, con mis amiguitas, corriendo hacia el norte y tambaleándonos a causa de la velocidad de los camellos de los tuaregs que nos daban escolta. Detrás seguían las mujeres de la tribu, entre las que se encontraba mi madre, formadas de dos en dos y con la horca al cuello. Sólo había contados hombres, porque casi todos quedaron con mi padre, muertos en la lucha sostenida con los tuaregs. Estos nos obligaban a caminar de prisa, temiendo que los franceses, enterados de su acción, pudieran perseguirlos, y esta marcha tan precipitada duró diez días. Finalmente, cerca del poblado de Isakeryen, en el país de Kidal, nos vendieron los tuaregs a una caravana de moros que se dirigían a Mabruk. Al pronto, porque íbamos más despacio me pareció aquello una felicidad. Mas de pronto el desierto se volvió pedregoso y las mujeres empezaron a caer rendidas. Los hombres hacía ya mucho que habían muerto por efecto de los latigazos de los nómadas enfurecidos porque se negaban seguir adelante.

Yo conseguí hacerme de fuerzas bastantes para proseguir la marcha

y hasta para adelantarme, con el fin de no oír las quejas de mis amiguitas, cuando alguna de ellas caía rendida al suelo para no levantarse y alguno de los guardas se apeaba del camello y la arrastraba un trecho lejos de la caravana para despeñarla.

Pero un día oí un alarido que me obligó a volverme. Era mi madre. Estaba arrodillada y me tendía los brazos suplicantes. De un salto corrí a su lado, pero un morazo todo vestido de blanco, nos separó. Llevaba al cuello, colgado de un rosario negro un cuchillo embutido en una vaina de tafilete encarnado. Desenvainó el arma y aun me parece ver la hoja de aquel cuchillo rebrillar sober la piel morena del cuello de mi madre. Otro alarido horrible, inolvidable, se escapó del pecho de mi madre, que cayó a tierra, tiñendo con su preciosa sangre la ardiente arena del desierto. Me arrojé sobre ella para besarla por última vez, pero el moro me apartó violentamente y un momento después, hostigada a latigazos, corría ya sorbiendo mis lágrimas, para ocupar mi sitio en la caravana.

Por el lado de los pozos de Asiu los traficantes moros fueron atacados por una banda de tuaregs que los pasaron a cuchillo, sin dejar ni uno

siquiera con vida. Esos tuaregs me trajeron aquí y me ofrecieron como presente a Antinea, que me tomó cariño y fué siempre muy buena para mí. Así es que hoy tienes a tu lado para consolar tus penas, no una esclava del montón, sino la última descendiente de los grandes emperadores sorhai, la hija de Mohamed Azkia, que hizo la peregrinación a la Meca, llevando consigo mil quinientos jinetes y 300 mizcales de oro, cuando nuestro dominio se extendía sin rival desde el Chat al Tuat y hasta el mar Occidente. Cuando Gao alzaba sobre las montañas las cúpulas de sus mezquitas.

—¿Y si Antinea te quiere, por qué has querido huir?—preguntó extrañado el teniente.

—Porque tengo que volver a Gao—respondió con cierta especie de superstición la muchacha—. Mi patria espera a la que debe otra vez erigirla para que sea lo que fué, por eso es mi deseo de huir.

Saint-Avit deslió nuevamente el rollo que le entregó el árabe y pudo comprobar que su itinerario era exacto, sin haber perdido ningún tiempo en recorrerlo.

—Pasado mañana—le dijo a Tanit-Zerga—estaremos preparándonos para hacer la jornada que ha de conducirnos al río. Luego que estemos

allí ya no tendremos la preocupación del agua.

Los ojos de Tanit-Zerga, brillaron en su carita bronceada.

Poco a poco la noche iba cerniéndose y el teniente se lo advirtió a Tanit-Zerga, diciéndole:

—Va a cerrar la noche. Hay que tomar un bocado para ponernos de nuevo en camino antes de que sea más tarde.

Comieron un poco de las latas de conservas que les había dado Segi ben Sheik y nuevamente emprendieron el camino hacia la tierra liberadora, hacia donde podían encontrar agua que iba siendo ya una preocupación para ellos. Pues a medida que avanzaban por aquel inmenso océano de arena, la sed hacía que bebieran con más frecuencia, aun cuando hacían todo lo posible por resistir.

Y llegó lo inevitable, antes de terminar la ruda jornada. El agua faltó y hasta el camello que parecía poder resistir más tiempo murió de sed.

—¿A cuanto estamos del camino del Sudán?—preguntó angustiosamente la mulata.

—Estamos a doscientos kilómetros del río—le respondió con amargura el teniente—. Podemos ganar treinta kilómetros por día marchando ha-

cia Iferuan, pero por ese lado no hay pozos.

—¿Y cuanto hay de aquí al primer pozo señalado por Segi ben Sheik?—preguntó nuevamente la joven.

—Unos sesenta kilómetros aproximadamente.

Tanit-Zerga hizo una mueca de desaliento, pero al momento se dominó y le dijo:

—Hay que ponerse en camino al momento.

—A pie?—le preguntó el teniente asombrado.

Ella golpeó el suelo con el pie y le dijo nuevamente con entereza:

—No tenemos más remedio. Hay que llegar cuanto antes al pozo señalado por Segi ben Sheik.

Como no era cosa de que fueran cargados, dejaron las latas que les había dado el árabe y sólo llevaron las más necesarias para irse manteniendo durante aquella jornada que iban a comenzar.

Es necesario haber caminado por el desierto para llegar a comprender lo que son las primeras horas de la noche, cuando la luna comienza a salir y un polvillo picante se alza de la tierra y sube en forma sofocante de las dunas. Sin querer, se masca de un modo maquinal y continuo, como para triturar aquel polvo abra-

sador que penetra hasta la garganta. Se camina sin pensar en nada; hasta se llega a olvidar que se camina.

En esta forma y siendo cada vez más agobiadora la jornada los dos fugitivos caminaron durante toda la noche. Ninguno de los dos hablaban como si quisieran conservar todas sus fuerzas para la marcha.

El horrible vientecillo precursor de la aurora los cogió todavía caminando, sin encontrar el pozo que buscaban. Saint-Avit temía a cada momento quedarse sin fuerzas para seguir adelante, pero la presencia y la energía de la joven le hacía seguir, pensando que todos aquellos esfuerzos llegarían a ser inútiles, sino aquel día, al otro, o al otro. Les quedaban más de cuatro días de marcha y eso, si aprovechaban bien todas las noches.

Clareaba el día cuando divisaron a lo lejos los dos árboles que el árabe les había indicado, como el lugar donde se hallaba el pozo. El deseo de apaciguar la sed que los devoraba les hizo aumentar la velocidad de la marcha.

Por fin llegaron a él, se tiraron al suelo para beber, pero la desgracia seguía persiguiéndolos. El pozo estaba seco, ni una gota de agua que

pudiera mitigar su sed les ofrecía aquel orificio en la tierra.

Sintieron la sensación extraña de la muerte, de esa muerte horrible, producida por la sed.

Aquel día, ocultos entre unas peñas durmieron esperando la llegada de la noche y para evitar que los rayos del sol hiciera más insufrible la sed que empezaba a consumirlos.

Al cabo de unas horas el teniente Saint-Avit, sintió que una mano se posaba en su frente y oyó la voz de Tanit-Zerga que le decía:

—Levántate... Partamos.

Saint-Avit la miró extrañado y exclamó:

—Partir?... El desierto arde, el sol está en el cenit... Es mediodía.

—Caminemos—repitió ella.

Estaba en pie y destocada, como si fuera insensible a los rayos del sol.

—Ya es de noche, teniente—volvió a decir la muchacha—. Allí está el pozo donde podemos beber hasta saciarnos. Acuérdate del agua fresca que tienen estos pozos. Saint-Avit comprendió que la muchacha deliraba y acercándose a ella, quiso someterla a su voluntad y le dijo:

—Luego beberemos, Tanit-Zerga, pero ahora cúbrete la cabeza.

—No; es menester que nos vaya-

mos ahora. Los tuaregs pueden venir a buscarnos.

Saint-Avit consiguió sentarla a su lado y a la sombra de una peña. Tenía entre sus manos las de la mulata que poco a poco fué serenándose. Aquella había sido solamente una primera alucinación producida por la sed.

Saint-Avit ansiaba que llegase la noche. Aun cuando no se consideraba con muchas fuerzas, le quedaba la esperanza de llegar al segundo señalado por Segi ben Sheik y allí refrescar a Tanit-Zerga dándole de beber.

Durmió la joven en completa posturación durante todo el día y cuando llegó la noche, Saint-Avit tuvo necesidad de despertarla.

—Para qué me despertas?—le reprochó dulcemente la joven.

—Tenemos que caminar—le dijo cariñosamente el teniente—. Acuérdate que ya estamos cerca del pozo. Un esfuerzo más y estaremos salvados.

—No lo creo—respondió con amargura ella—. Me siento sin fuerzas para seguir adelante... Ves tu solo.

—No digas eso, niñita—le volvió a decir el teniente—. Todavía estás más fuerte que yo y sí desfalleces, yo te llevaré hasta el pozo.

Por fin consintió la mulata levan-

tarse y emprendieron de nuevo la marcha.

Caminaban lentamente, agotados por la larga jornada de la noche anterior, por el hambre y por la sed.

Tanit-Zerga a las dos horas de marcha empezó a caerse y Saint-Avit sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo. Aquellas caídas eran síntomas de que las fuerzas de la joven no respondían a su voluntad. Por fin una de las veces que cayó no se levantó y el teniente la tomó en sus brazos y caminó con ella durante un buen rato.

La mulata empezaba nuevamente a delirar y le decía con triste sonrisa al teniente:

—Gao está aquí cerquita, ¿verdad?... Ya sabía yo que me moriría sin poder ver a Gao. ¿Sabes por qué estaba segura de que no volvería a ver a Gao?

—No hables ahora, Tanit-Zerga—le dijo el teniente—. Te estás cansando.

—No, ya no me canso—respondió la mulata, brillándole los ojos, como dos ascuas de fuego—tengo que decírtelo. Pues verás, allí a orillas de ese río que ves de aquí junto a Gao, un día de fiesta, vino del interior de aquellas tierras un hechicero vestido de pieles y plumas. Aquel viejo se ganaba la vida

bailando en la plaza pública, donde todos los nuestros formaban corro. Yo estaba en la primera fila, y por el collar que llevaba puesto, comprendí que era hija del jefe y se puso a hablarme de nuestros futuros enemigos.

Como vió que yo le oía asustada, me dijo sonriendo:

«Sosíégate niña, no pases temor. Puede que vengan días malos para ti, mas no te importe, que al fin vendrá un día que verás surgir en el horizonte a Gao, mucho más espléndido que éste. Ya no será el Gao de los negros, sino otro, el que debe ser, con sus espléndidos minaretes, con sus surtidores de agua cristalina y fresca, con sus vergeles repletos de árboles floridos... Tú verás ese Gao, después de haber pasado esos días de miseria, de hambre y de esclavitud.

Ya ves como las palabras del viejo hechicero se han cumplido. Han pasado ya esos días de desgracia y otra vez la fortuna está a mi vista.

Allí está Gao, ¿lo ves? Es el mismo que predijo el hechicero. Míralo con sus minaretes, con sus jardines, con sus mezquitas.

¿No oyes cómo llega hasta nosotros el dulce quejido de la música que se desprende de los laúdes? ¿Lo oyes Saint-Avit? Pronto llegaremos

allí y ya no tendremos que temer nada de Antinea, ni de los suyos... ¿Tú también vendrás, verdad? Quiero que seas recibido en Gao como un príncipe poderoso, porque eres príncipe de mi corazón. Tanit-Zerga no olvida como Antinea, no mata como ella y cuando ama, lo hace para toda la vida... Yo te amo Saint-Avit te amo más que a nada en el mundo, tanto como amo a Gao.

Calló después de aquel esfuerzo y el teniente Saint-Avit siguió caminando pesadamente con aquella carga. Cada vez la marcha se hacía más difícil. El, que casi no podía con su cuerpo, tenía que llevar el de la mulata, que en absoluto silencio parecía seguir mirando el horizonte, como alucinada por la idea de que pronto llegaría a su país, donde ella volvería a ser otra vez princesa poderosa a quienes sus vasallos rendirían humilde pleitesía.

Tanit-Zerga se había cogido al cuello del teniente, hasta que éste sintió que aquella presión disminía hasta perderse por completo. Miró la cara de Tanit-Zerga y se convenció de lo inútil que era su esfuerzo. La pobre había muerto sin proferir una queja, sin un lamento, como una pobre flor que arrancasen de su tallo.

Dejó allí el cuerpo de la pobre mulata, de aquella mujer que tanto le

había amado y el mismo instinto de conservación le hizo seguir adelante, siempre en busca del ansiado pozo.

También el teniente Saint-Avit iba sintiendo los efectos del ayuno y de la sed.

Su garganta parecía abrasarse y la lengua se le pegaba al paladar, apenas dejándole respirar. De pronto cayó sobre la arena y con un esfuerzo del que no se hubiera creído capaz de realizar, volvió a levantarse y siguió andando.

Pero ya sus pasos no llevaban rumbo fijo, andaba maquinalmente, como un autómata, buscando siempre el agua libertadora de aquella an-

gustia, que le nublaba la vista.

Por fin a lo lejos divisó el agua, que caía a torrentes sobre él refrescándole el cuerpo. Eran olas gigantescas las que se deslizaban a sus pies, y el teniente, sumergiéndose en ellas, parecía agotar sus fuerzas en aquel esfuerzo que hacía.

Era ese fenómeno tan vulgar y corriente en los que se pierden en el desierto, el fenómeno del espejismo el que le hacía ver aquello. Duró pocos minutos su alucinación, porque al fin, cuando ya había entrado la mañana, cayó pesadamente sobre la arena, perdido el conocimiento.

¡SALVADO!

Llevaba más de dos horas en aquel estado, cuando un ruido extraño zumbó en el espacio, era un aeroplano que desde hacía días iba haciendo reconocimientos por el desierto para descubrir al capitán Morhange y al teniente Saint-Avit.

La tardanza en el regreso de la expedición y la falta de noticias de los expedicionarios habían hecho salir en su busca varios aviones.

Volaba el aparato casi a ras de tierra cuando el aviador descubrió un bulto en tierra. Inmediatamente adivinó que se trataría de alguna de las personas que iba buscando y aterrizó junto a Saint-Avit.

Lo condujo al aparato y lo trasladó al fuerte más próximo, donde lograron reanimarlo.

Durante un mes, el teniente Saint-Avit estuvo luchando entre la vida y la muerte. La ciencia luchaba por salvar aquella vida que parecía huir de aquel cuerpo, mientras que en sus

delirios continuos no cesaba de llamar al capitán Morhange, a Antinea, a Tanit-Zerga y se acusaba de la muerte del capitán.

Los que le oían delirar no podían comprender ni una palabra de cuánto decía. El nombre de Antinea, el de la Atlántida y todo cuanto decía, encerraba para todos un misterio que solamente él podría descifrar en su día, si es que no era todo ello producto de su mismo delirio.

Así llegó el día que el teniente Saint-Avit fué recobrando la salud y con ella la facultad de pensar y medir sus palabras. Cuando estuvo completamente restablecido se le sometió a un interrogatorio para que aclarase algunos puntos que resultaban algo oscuros, pero Saint-Avit, con un deseo inexplicable, procuró ocultar el nombre de la Atlántida y justificó la muerte del capitán Morhange, diciendo que habían sido atacados por unos tuaregs.

Finalmente se le dió esta versión oficial a la muerte del capitán Morhange y al teniente Saint-Avit se le concedió el ascenso de capitán por el servicio prestado.

Al llegar a este punto de su narración, el teniente Ferrières no pudo impedir una pregunta y le dijo:

—¿Y Antinea?

El capitán Saint-Avit, lo miró fijamente y le dijo:

—Hace seis años que nada sé de ella, desde que huí de su lado. Pero durante esos seis años su recuerdo me sigue por todas partes y no hago más que pensar en el momento de poder verla.

—¿Estás loco? —preguntó Ferrières.

—No lo sé, pero durante estos seis años que he vivido en el mundo civilizado, durante todo este tiempo que he luchado por olvidarla, no he sabido hacer otra cosa que pensar más en ella. Nuestras mujeres no han logrado hacérme olvidar y hasta he llegado a sentir repulsión por todas ellas. Mi vida en París, donde fuí destinado, ha sido una vida horrible, siempre sosteniendo la misma lucha, hasta que he conseguido ser destinado de nuevo a este fuerte.

—¿Y para qué? —preguntó el teniente.

Saint-Avit se encogió de hombros y respondió:

—Ni yo mismo lo sé, pero me parece que aquí estoy más cerca de Antinea, creo que desde aquí podré algún día poderla volver a ver... Recuerdo que ella es el placer personificado, el placer destructor que abraza, que consume y yo quisiera consumirme en sus brazos, morir con su boca pegada a la mía.

Ferrières lo miraba extrañado y el capitán Saint-Avit, cada vez más excitado seguía diciéndole:

—Pero ese placer insaciable que nuestro mundo calificaría de obsceno es para mí más puro que cualquiera de nuestros casamientos, con su ostentoso lujo, las amonestaciones, las notas en la prensa y las invitaciones en que se informa al público burlón pero vil, de que a tal hora, dejará de ser doncella la muchacha que has elegido por esposa.

Guardaron silencio durante unos segundos cada uno sumergido en sus pensamientos, hasta que el capitán Saint-Avit volvió a decirle:

—Por eso al oír hablar a ese geólogo te dije que llevaba razón, que la Atlántida existe y que yo he estado en ella. No es un país imaginario, sino real aunque inaccesible.

—¿Y por qué no llevaste allí una nueva expedición bien provista de

material de guerra?—preguntó el teniente.

El capitán sonrió y le dijo:

—Acuérdate de lo que me dijo Segi ben Sheik. «Tú no querrás que se sepa cómo murió el capitán Morhange.» Pero no ha sido esto lo que me ha detenido. Ya sabes que no soy cobarde y sufrir el castigo por mi crimen no me habría importado. Ha sido algo más poderoso, algo superior a mi voluntad lo que me lo ha impedido.

Ha sido el recuerdo de Antinea, porque hay algo que todavía no te he explicado y es lo siguiente:

Al hablarte del original panteón no te he dicho que cada hornacina llevaba su número y su inscripción. Allí había lugar para ciento veinte hornacinas, destinadas a ciento veinte cuerpos y que cuando estuvieran éstas llenas, entonces en el centro de ellas, en el túmulo que reproducía la cabeza de Antinea, se encerraría ésta y le serviría de sepultura.

—Y qué quiere eso decir?—preguntó extrañado el teniente.

—Pues que Segi ben Sheik llevaba razón cuando me dijo que el que ha visto una vez a Antinea no puede vivir sin ella. Ella es la muerte que atrae, que seduce, pero a la que se va convencido, sin protesta al-

guna, con el alma sedienta de sus placeres.

Desde que yo huí de allí hace seis años. ¿Cuántos prisioneros habrá hecho Segi ben Sheik... ¿Quién lo sabe?... ¿Estarán ya llenas todas las hornacinas? Este es un pensamiento que me tortura, que me irrita, que hace nacer en mí el deseo de ver otra vez a Antinea.

El teniente Ferrieres cogió de la mano a su amigo y le dijo conmovido:

—Vamos Saint-Avit, tú estás delirando. Sin duda las palabras de ese hombre al hablar de la Atlántida, de esa imaginaria ciudad, te han excitado más de lo conveniente.

—Ya ves—respondió burlonamente el capitán—qué fácil hubiera sido confesar mi delito sin que nadie lo creyese. ¿Qué juez me habría condenado al decirle que yo maté a Morhange en la Atlántida? Todos me habrían creído un perturbado y podría seguir siendo el mismo que ahora soy. Pero ya te digo que mi deseo al ocultar la verdad fué tan sólo por no descubrir la existencia de Antinea.

Un silencio hostil siguió al terminar el capitán de relatar su extraña aventura.

Los dos oficiales con la mirada fija hacia el límite del desierto veían al-

zarse mágicamente ante ellos aquella ciudad misteriosa y no descubierta todavía por la civilización. Los dos pensaban en lo mismo, aunque el capitán, con la seguridad del que la ha visto reconstruida minuciosamente, mientras que el teniente Ferrieres seguía dudando de su existencia.

Por fin Ferrieres le dijo:

—Es hora de que nos vayamos. La estancia aquí no te es nada beneficiosa.

El capitán se encogió de hombros y lo siguió. Bajaron al patio del fuerte y una patrulla penetró en el interior precipitadamente. Traían un prisionero. Era un hombre alto, con la cara cubierta por un turbante, dejando tan sólo al descubierto los ojos.

Saint-Avit sintió un estremecimiento por todo su cuerpo, algo así como un presentimiento mortal. La mirada del prisionero estaba clavada en él con fuerza hipnotizadora.

Los dos oficiales se dirigieron al grupo que formaban los soldados con el prisionero y el capitán preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Mi capitán—respondió el jefe de la patrulla—. Hemos cogido a este indígena merodeando por los alrededores del puesto. No se recataba lo más mínimo.

—Y qué quiere?—preguntó an-

gustiosamente Saint-Avit—, como si quisiera no oír la respuesta.

—No lo sabemos. Apenas le hemos cogido, nos ha pedido que le trajésemos a su presencia. Dice que quería hablar con usted.

—Pero... ¿Quién es este indígena?—preguntó Saint-Avit, aunque interiormente una voz le decía que ya sabía él quién era.

—Es un targui—respondió el soldado.

—Haced que se acerque—terminó ordenando el capitán.

Los soldados empujaron al prisionero hacia el lugar en que estaba el capitán y el árabe, apenas se acercó a él le dijo, dándole el tratamiento de su antiguo empleo:

—Que la paz sea contigo, teniente Saint-Avit.

—Contigo sea la paz—respondió el capitán.

—¿Me has conocido?—preguntó el árabe, con una voz mezcla de alegría y de burla.

—Te conozco—respondió el capitán—. ¿Qué hacías por aquí?

—Quería saber si te habías salvado—volvió a decirle el árabe—. Traía esa misión.

El capitán Saint-Avit se volvió a los soldados y les ordenó:

—Dejadle en libertad: yo le conozco y sé que no es enemigo.

Los soldados condujeron hasta la puerta al árabe y una vez allí le dejaron en libertad. El teniente Ferrieres le preguntó a su amigo :

—¿Quién es?... ¿Le conozco yo?

El capitán lo cogió por un brazo y se lo llevó al interior del fuerte y le dijo :

—Es «él».

—¿Quién?

—«El»—insistió el capitán como si con aquel monosílabo quisiera darse a entender cuál era la personalidad del hombre que había liberado.

La extrañeza de Ferrieres era la misma y Saint-Avit le preguntó :

—¿Todavía no sabes quién es él?

—No caigo.

—¿Te acuerdas del que me ayudó a huir?—le dijo casi con alegría el capitán.

—¿El árabe?... ¿Segi ben Sheik?

—El mismo—respondió el capitán.

—¿Y qué quería?—preguntó con sobresalto el teniente.

—Unicamente saber si su acción había tenido éxito.

El teniente miró desconfiadamente al capitán, pero guardó silencio, pensando que desde aquel instante no dejaría de vigilarle. Entraron a sus departamentos y durante todo el día no volvieron a hablar más de aquel asunto.

EL RECUERDO DE ANTINEA

Pasaron dos días durante los cuales no se volvió a hablar más de aquel suceso.

El teniente Ferriere, comprendía que su amigo no era un asesino, no había matado al capitán Morhange por su propia voluntad, sino que había obrado bajo el influjo de aquella mujer, si es que verdaderamente existía, o bien todo lo que había relatado era tan sólo una alucinación de su estancia en el desierto, hasta que fué recogido por el aeroplano.

Pero, sin embargo, ya fuese una cosa o la otra, el temor a producir en el capitán nueva excitación le aconsejó abstenerse de hacer ningún comentario con relación a aquella historia, que parecía tan fantástica como cruel.

Pero no tuvo necesidad el teniente de rehuir la conversación con el capitán, por que durante estos dos días siguientes Saint-Avit apenas si

salía de su habitación. Dos o tres veces le preguntó el teniente si se encontraba mal y Saint-Avit le respondió, malhumorado :

—No tengo nada. Si hacen falta para algo mis servicios llámame, pero mientras tanto déjame solo.

No hay nada peor en estos fuertes como que un compañero se encierre, sin querer hablar con el otro. Hasta tal punto es esto insufrible que a los soldados, como uno de los castigos más grandes se les impone el de dos, tres o cuatro días de silencio. Es decir, un silencio que no estriba precisamente en que él no habla, si no en que sus compañeros no contesten a sus palabras. Esto suele llevar a la desesperación al que cumple el castigo, porque encerrado en aquellas paredes del recinto las horas parecen siglos y el día una eternidad.

De aquí que los oficiales que han servido en el desierto, a su vuelta a

Europa sean hombres, que sin pecar de groseros, rehusan toda conversación larga.

Están acostumbrados al silencio de las llanuras, y su carácter parece siempre taciturno y sombrío.

Sin embargo, en los fuertes, son comunicativos con su gente, tratan a los soldados con una rígida disciplina para todos los asuntos del servicio y son al mismo tiempo también cariñosos compañeros en los demás actos de la vida.

La vida entre el oficial y el soldado en aquellos sitios ha de ser de continuas transformaciones, pues de la energía se pasa a la camaradería de una forma sorprendente.

Gracias a esta costumbre la vida en aquellos fuertes se hace más llevadera, ya que solamente tienen por distracción, la llegada mensual de un convoy que viene a proveerlos de los víveres necesarios.

Por lo mismo la actitud del capitán Saint-Avit, de aquel hombre que siempre había vivido en el desierto, desconcertaba más a su compañero de armas y presentía que algo iba a ocurrir. Vigilaba constantemente, aunque con la seguridad de que nada podía lograr ni evitar.

A los dos días de su encierro voluntario el capitán Saint-Avit salió de su habitación y dió orden de que le

ensillasen un camello, so pretexto de dar un paseo.

—Haces bien en salir—le dijo jovialmente el teniente—. Yo iba a proponértelo ahora.

—¿También tú sales?—preguntó sin poder disimular su malestar el capitán.

—Si no te molesta mi compañía, pensaba hacerlo contigo.

—Al contrario—respondió Saint-Avit—. Así podremos charlar un rato.

El teniente Ferrieres notó en él una alegría que jamás había demostrado desde su llegada al fuerte, pero como esto suele ocurrir muy a menudo entre los que forman la guardia, no le dió ninguna importancia. Creyó que la crisis había pasado y se felicitó de que el peligro que él sospechaba hubiera desaparecido.

Media hora después, acompañados por dos ordenanzas los dos oficiales, dejaban el fuerte al mando del suboficial y se lanzaban a los grandes arenales del desierto.

—Este mismo camino—dijo de pronto el capitán—fué el que llevábamos Morhange y yo cuando emprendimos nuestra expedición.

Ferrieres, sin querer contestar a aquellas palabras que venía a rea-

nir los recuerdos de su amigo, contestó únicamente:

—Hace un día bochornoso. Parece que de la arena se desprende fuego. Será conveniente no internarnos demasiado. Tú, como jefe del fuerte, debes dar el ejemplo.

—Llevas razón—respondió sonriendo el capitán—. Hagamos alto y volvamos otra vez.

Se detuvieron cuestión de un cuarto de hora. Los camellos aprovecharon aquel tiempo para echarse en la arena, pero pronto el fuego que ésta desprendía los hizo levantarse, mientras que el teniente decía:

—Estos pobres animales, tan acostumbrados a este clima, no pueden hoy soportar la arena.

—Llevas razón—le dijo el capitán—. El camello es el animal más extraño que se conoce. Ya ves lo útil que es para los que tienen que atravesar esta inmensa sabana de arena y, sin embargo, es el peor enemigo que tienen.

—No te comprendo—respondió el teniente.

—Todavía no llevas el tiempo suficiente en estas tierras, para que hayas llegado a saber muchos de los misterios que encierran. Este animal puede estar dos y tres días sin comer ni beber, corriendo largas distancias. Te fías de eso y en esa con-

fianza emprendes cualquier jornada larga, echando en tus alforjas lo necesario para el tiempo que calculas invertir en tu viaje, pero de pronto te resulta lo imprevisto. El camello que lo has probado infinidad de veces, que has podido comprobar su sobriedad, el día que más falta te hace, cuando más satisfecho está de todo, se te tumba en la arena y muere sin que puedas saber porque, ni por qué causa.

—Es curioso—respondió el teniente.

—En esto estriba precisamente su enemistad, en que te deja cuando más falta te hace.

En las cuadras es raro ver morir a un camello, parece como si tuvieran la propensión a morir en aire libre, como si esperasen el momento en que te pueden demostrar lo imprescindibles que te son sus servicios.

Otra vez volvieron a montar y salieron camino del fuerte.

Comieron aquel día, sin que nada anormal sucediese y después de la comida el teniente Ferrieres fué a dormir la siesta.

Cuando se despertó, preguntó por el capitán y le dijo el suboficial:

—El capitán Saint-Avit mandó ensillar un camello y ha salido.

—¿Hace mucho?—preguntó el teniente.

—Cuestión de una hora—respondió el suboficial.

—Pues salga usted inmediatamente con varios soldados a su busca. Si lo encuentra no le diga nada. Explique el encuentro diciéndole que yo le he enviado a hacer una excursión de reconocimiento. En caso de que dentro de dos horas no lo hayan visto vuelvan otra vez al fuerte.

Como había dicho el suboficial, el capitán Saint-Avit había salido del fuerte. Aquellos dos días de reclusión habían sido para el capitán dos días de luchar frenéticamente con sus deseos. Otra vez la imagen de Antinea se presentaba ante él ofreciéndole sus brazos. La presencia de Segi ben Sheik había excitado más sus nervios. Nunca como en aquellos días podría volver a verla. Estaba seguro de que Segi ben Sheik no había llegado casualmente al campamento, sino que había venido a buscarlo. La seguridad de que nadie de los que han estado en la Atlántida, de que todos los que han visto a Antinea no podían vivir sin ella, era sin duda lo que le había hecho ir hasta el fuerte.

Tal vez había sido ella misma la que le había confiado la misión de

buscarlo y si lo buscaba era que pensaba en él, que lo esperaba...

Unicamente una cosa lo tranquilizó y fué el pensar el que si Antinea esperaba su llegada, las hornacinas del panteón no estaban aún llenas, aun tendría él un sitio después de disfrutar de los placeres que le brindaba el cuerpo de diosa de aquella enigmática mujer, que tan solamente había amado una sola vez.

El conde llevaba razón cuando le dijo que ante Antinea se olvidaba todo, familia, religión, honor... El no había pensado durante aquellos seis años de separación, en que luchó inútilmente para arrancar de su mente el recuerdo de la mujer fatal.

Al tercer día de su encierro adoptó una resolución definitiva. Era preciso para vivir, buscar la muerte en los brazos de Antinea. Comprendió que si exponía su pensamiento al teniente Ferrieres éste se lo impediría, aun a la fuerza y para desistarle empleó una fingida alegría que durante unas horas tranquilizaron a su compañero.

Cuando vió que éste le acompañaba en aquel paseo que fingió desear, dejó para otra ocasión su propósito y aquella misma tarde, al saber que dormía, ordenó que le pre-

pararan el mejor camello que había en el fuerte.

El suboficial ordenó que un soldado le acompañase, pero el capitán se opuso diciéndole:

—No es preciso, conozco bien el desierto y además volveré pronto.

Salió inmediatamente y desde la teraza del fuerte se le vió emprender un rápido galope hacia el interior del desierto. Después solamente un punto blanco se vió en el horizonte, hasta que finalmente volvió otra vez la monotonía del paisaje a no verse interrumpida.

* * *

De acuerdo con el tiempo marcado por el teniente Ferrieres, los soldados volvieron al fuerte, sin haber podido lograr encontrar al capitán. En principio siguieron sus huellas, pero en la rocosidad del camino que extendía a algunos kilómetros de allí quedaron borradas sin que les fuese preciso saber la dirección que había tomado.

El teniente Ferrieres se abstuvo de decirles nada y solamente al retirarse el suboficial le ordenó:

—Inmediatamente que vuelva el capitán, avíseme.

—Está bien, mi teniente—respondió el suboficial saludando militarmente.

Ferrieres estaba seguro de que no volvería, que jamás podría estrechar nuevamente la mano de su amigo. La historia que le había referido era verdad, cuando nuevamente se lanzaba en pos de aquella aventura.

Cerró por completo la noche y llegó la hora de que la fortaleza tenía que permanecer absolutamente cerrada a todo llamamiento.

El teniente Ferriere oyó unos golpes sobre la puerta de su cuarto y gritó:

—Adelante.

Pasó el suboficial y quedó militarmente cuadrado ante él.

—¿Se sabe algo del capitán?—preguntó ansiosamente el teniente.

—Nada mi teniente—respondió el suboficial—. El capitán Saint-Avit, no ha vuelto todavía.

—Gracias—respondió Ferrieres haciendo un ademán para que se marchase.

Salió el suboficial y al quedar solo el teniente, se pasó la mano por la frente, para substraerse a un pensamiento y exclamó dolorosamente:

—¡La Atlántida!... ¡Antinea!...

¿Qué misterios encerrarás y quién será capaz de descubrirlos ahora?

En el silencio de la noche el grito del «dib» (lobo africano), resonó

lúgub्रemente como signo inequívoco de que algo grave estaba ocurriendo, de que una desgracia se producía en el desierto...

FIN

La obra completa de PIERRE BENOIT

LA ATLANTIDA

que ha inspirado la película del mismo título, está publicada por EDICIONES AURA de Madrid

DISTRIBUIDOSES:

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
Madrid: Evaristo San Miguel, 11 - Barcelona: Barberá, 14, 16 y 16 bis

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MAS AMENA



PORTADA A TODO COLOR
PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA

LA MAS SELECTA



La mujer disputada	Norma Talmadge
Trafalgar	Corine Griffith
La máscara de hierro	D. Fairbanks
Las mentiras de Nina	Petrovna
El loco cantor	Brigitte Helm
Los pecados de los padres	Emil Jannings
El desfile del amor	Maurice Chevalier
El amor y el diablo	Maria Corda
Raspútin	W. Gaidaroff
La Intrusa	G. Swanson
La Marselesa	Laura la Plante
¡Me perteneces!	F. Bertini
La fierecilla domada	Mary-Douglas
El general Crack	John Barrymore
El rey vagabundo	J. Mac Donald-D. Kings
Un hombre de suerte	Roberto Rey
Cascarrabias	Ernesto Vilches
Noches de Nueva York	Norma Talmadge
La voluntad del muerto	Antonio Moreno
La mujer en la luna	Gerda Maurus
El zepelín perdido	Conway Tearle
Las luces de la ciudad	Charlot
Su noche de bodas	Imperio Argentina
El embrujo de Sevilla	M. F. L. de Ghevara
Don Juan Diplomático	Celia Montalvan
La última orden	Emil Jannings
Un caballero de frac	Roberto Rey
El comediante	Ernesto Vilches
Lo mejor es reír	Imperio Argentina
Luces de Buenos Aires	Carlos Gardel

Náufragos del amor	Jannette Mac Donald
El secretario de madame	W. Forts
La arlesiana	José Noguero
Entre noche y día	E. d'Algy
Al este de Borneo	Carles Bickfor
M. (El vampiro de Düsseldorf)	Peter Lorre
La dama atrevida	R. Pereda y L. Alcañiz
El príncipe gondolero	Roberto Rey
El teniente seductor	Chevalier
Fatalidad	M. Dietrich
Los que danzan	A. Moreno
Carne de cabaret	R. Pereda-L. Tovar
El doctor Frankenstein	Boris Karloff
Svengali	John Barrymore
Pagada	Joan Crawford
Catolicismo	Gustav Fröelich
Kismet	Loretta Young
Cimarrón	Richard Dix
Dirigible	Jack Holt
La dama de una noche	F. Bertini
El teniente del amor	Gustav Fröelich
Nacida para amar	Constance Bennet
Aventuras de Tom Sawyer	Jackie Coogan
Marius	Pierre Fresnay
Una mujer de experiencia	Helen Twelvetrees
El ángel de la noche	Nancy Carroll
Una canción, un beso, una mujer	Gustav Fröelich
Una hora contigo	Maurice Chevalier
Dos corazones y un latido	L. Harvey y H. Garat.

EDITORIAL "ALAS"

Apartado de Correos 707
Valencia, 234 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas,
previo envío del importe en sellos de correo. Remitan
cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Próximo número:

COCKTAIL DE CELOS

Con este título, la bellísima CONSTANCE BENNET nos ofrece una de sus mas grandes creaciones en un asunto sentimental.

COCKTAIL DE CELOS

es una bellísima historia de amor y de celos, donde la pasión de tres hombres luchan por una sola mujer, seducidos por la gracia de ella y por su belleza.

COCKTAIL DE CELOS

por ser uno de los grandes éxitos de la temporada 1932-33, será editado por EDICIONES BIBLIOTECA FILMS como todos los grandes acontecimientos cinematográficos que se sucedan.

COCKTAIL DE CELOS

es la creación insuperable de CONSTANCE BENNET, BEN LYON y LUIS ALONSO.

EDITORIAL
"ALAS"

UNA peseta